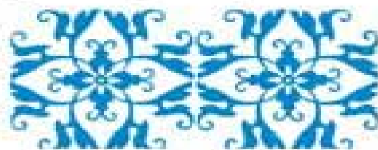
De la

SABIDURÍA EGOÍSTA

FRANCIS BACON

Léase no para contradecir o impugnar *ni para creer o dar por admitido,* ni para encontrar tema de charla y conversación, *sino para sopesar y considerar.*



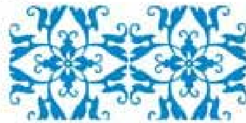
Taurus, Great Ideas.

De la

SABIDURÍA EGOÍSTA

FRANCIS BACON

Léase no para contradecir o impugnar *ni para creer o dar por admitido*, ni para encontrar tema de charla y conversación, *sino para sopesar y considerar.*



Taurus, Great Ideas.

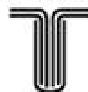
Francis Bacon

De la sabiduría egoísta

TRADUCCIÓN DE LUIS ESCOLAR BAREÑO

GREAT IDEAS

taurus



Índice

De la venganza

La venganza es una especie de justicia salvaje que cuanto más crece en la naturaleza humana más debiera extirparla la ley; en cuanto al primer daño, no hace sino ofender a la ley, pero la venganza de ese daño coloca a la ley fuera de su función. En verdad que, al tomar venganza, un hombre se iguala con su enemigo, pero si la sobrepasa, es superior; pues es parte del príncipe perdonar; y estoy seguro que Salomón dice: *Es glorioso para un hombre excusar una ofensa.* Lo pasado se ha ido y es irrevocable; y los hombres prudentes tienen demasiado que hacer con las cosas presentes y venideras; por tanto no harían más que burlarse de sí mismos ocupándose de asuntos pasados. No hay hombre que cometa el mal a cuenta del mal mismo, sino para obtener provecho propio, o placer, u honor o algo semejante; por tanto, ¿por qué me voy a encolerizar con un hombre que se ama a sí más que a mí? Y si algún hombre cometiera el mal meramente por maldad natural, no sería más que como el espino o la zarza que pinchan y arañan porque no pueden hacer otra cosa. La clase de venganza más tolerable es la debida a los males que no hay ley que los remedie; pero entonces, dejar que un hombre se ocupe de la venganza es como si no hubiera ley para castigar; además el enemigo de un hombre siempre se anticipa y ya son dos por uno. Algunos, cuando toman venganza, están deseosos de que la parte contraria sepa de quién procede. Ésta es la más generosa: pues el goce parece estar no tanto en cometer el daño como en hacer que la parte contraria se arrepienta; pero los cobardes bajos y taimados son como las flechas lanzadas en la oscuridad. Cosme, duque de Florencia, lanzó una desesperanzadora frase contra los amigos pérfidos y despreciables como si esos males fuesen imperdonables: *Leeréis que se nos manda perdonar a nuestros enemigos; pero nunca leeréis que se nos mande perdonar a nuestros amigos.* Sin embargo, el espíritu de Job era aún más adecuado: *También recibimos el bien de Dios ¿y el mal no recibiremos?,* y en la misma proporción respecto

a los amigos. Esto es cierto, que un hombre que proyecte vengarse, conserva abiertas sus propias heridas porque si no se cerrarían y curarían. Las venganzas públicas son afortunadas en su mayoría; como fue la muerte de César; la muerte de Pertinax; la muerte de Enrique III de Francia; y muchas otras. Pero no sucede así con las venganzas privadas; no, más bien las personas vengativas llevan la vida de las brujas, quienes, como son malignas, terminan desgraciadamente.

De los padres y los hijos

Las alegrías de los padres son secretas y así lo son sus penas y temores; no pueden manifestar las unas ni manifestarán las otras. Los hijos endulzan los trabajos, pero hacen más amargos los infortunios; acrecientan los cuidados de la vida pero mitigan el recuerdo de la muerte. El perpetuarse por la generación es también común a las bestias; pero la memoria, el mérito y las obras nobles son propias de los humanos; y seguramente se comprobará que las obras y creaciones más nobles proceden de hombres sin hijos que han procurado expresar las imaginaciones de su mente en aquello en que su cuerpo ha fallado; por eso el cuidado por la posteridad es mayor en aquellos que no la tienen. Quienes son los primeros creadores de sus casas son más indulgentes con sus hijos, teniéndolos como continuadores no sólo de su estirpe sino de su obra; y así son a la vez sus hijos y su creación.

La diferencia en afecto de los padres hacia sus diversos hijos es muchas veces desigual y algunas otras inmerecida, especialmente en la madre; como dijo Salomón: *El hijo sabio alegra al padre; y el hijo necio es tristeza de su madre.* Se podrá ver que donde hay una casa llena de niños, uno o dos de los mayores son respetuosos y el más pequeño es travieso; pero a los medianos se les olvida y, sin embargo, muchas veces, demuestran ser los mejores. La tacañería de los padres con respecto a sus hijos es un error dañoso; les hace ruines, les obliga a recurrir a arterías, que busquen malas compañías y que quieran más cuando ya tienen mucho; y por tanto, es mejor método cuando los padres conservan la autoridad sobre sus hijos, pero no la bolsa. Los hombres (tanto los padres como los maestros y criados) tienen una forma tonta de crear y fomentar una emulación entre los hermanos durante la niñez, que muchas veces se torna en discordia cuando se hacen hombres y altera las familias. Los italianos hacen pocos distingos entre los hijos, sobrinos y parientes cercanos; así forman un conjunto, sin preocuparse de más, aunque no pertenezcan propiamente a la familia; y, a

decir verdad, en la naturaleza sucede de modo análogo; por eso vemos que algunas veces un sobrino se parece más al tío o a un pariente que a sus propios padres, como ocurre en la herencia de la sangre. Dejemos que los padres elijan a tiempo la profesión y los medios que sus hijos han de seguir, porque entonces serán más flexibles; y no les dejemos dedicarse demasiado a disponer de sus hijos creyendo que aceptarán mejor lo que han pensado más. Cierto es que si el afecto o inclinación de los hijos es extraordinario, entonces conviene no interferirlo; pero, en general, el precepto resulta bueno. *Optimum elige, suave et facile illud faciet consuetudo*[1]. Los hermanos más jóvenes generalmente son afortunados, pero rara vez donde el mayor es desheredado.

Del matrimonio y la soltería

El que tiene esposa e hijos ha dado rehenes a la fortuna; pues son impedimentos para las grandes empresas, tanto virtuosas como malignas. Cierto es que las mejores obras y los mayores méritos para el público han procedido de los hombres solteros o sin hijos, los cuales, tanto en afecto como en medios de acción se han casado con el público. Sin embargo, hay razones poderosas para que quienes tienen hijos se hayan cuidado más del porvenir, al cual saben que han de transmitir sus prendas más queridas. Algunos hay que aunque hacen vida de soltería, sin embargo, sus pensamientos terminan en ellos mismos y consideran el porvenir como una nimiedad; también hay otros que tienen en cuenta la esposa y los hijos pero como facturas que pagar; aún más, hay algunos hombres insensatos, ricos, codiciosos que tienen a orgullo no tener hijos porque así les creerán más ricos; pues quizá han oído decir algo así: *Ése es un hombre muy rico;* y otro le ataja, sí, *pero tiene una gran carga de hijos;* como si eso fuese disminución de sus riquezas. Pero la causa más corriente de la soltería es la libertad, especialmente para ciertas mentalidades placenteras y singulares que son tan sensibles a todas las restricciones, que estarán muy próximas a creer que el cinturón y las ligas se les convertirán en ataduras y grilletes. Los solteros son los mejores amigos, los mejores amos, los mejores sirvientes; pero no siempre los mejores súbditos, porque son propicios a escaparse y casi todos los fugitivos tienen ese estado. La soltería es adecuada para los eclesiásticos porque la caridad difícilmente regará el suelo cuando tiene que llenar primero un estanque. Es indiferente para los jueces y magistrados, pues si son asequibles y corruptibles tendremos más fácilmente un criado cinco veces peor que una esposa. En cuanto a los soldados encuentro que los generales, por lo común, en sus arengas evocan en sus hombres el recuerdo de la esposa y los hijos; y creo que el desprecio de los turcos hacia el matrimonio hace que el soldado raso sea más ruin. En

verdad que la esposa y los hijos son una especie de disciplina de la humanidad; y los solteros, aunque muchas veces sean más caritativos, ya que sus medios económicos están menos exhaustos, sin embargo, son por otra parte, más crueles y duros de corazón (buenos para ser inquisidores severos) porque su ternura no se siente excitada con tanta frecuencia. Los caracteres serios, llevados por la costumbre, y por lo tanto constantes, son por lo general amantes esposos, como se dijo de Ulises: *Vetulam suam praetulit immortalitati*[2]. Las mujeres castas con frecuencia son orgullosas e indómitas, prevaliéndose del mérito de su castidad. Es uno de los mejores lazos en la esposa, tanto el de la castidad como el de la obediencia, si ella cree que su esposo es prudente, lo cual nunca hará si le juzga celoso. Las esposas son amantes para los jóvenes, compañeras para los maduros y enfermeras para los ancianos, así es que un hombre puede tener pretexto para casarse cuando quiera; sin embargo, se reputó como a uno de los hombres más sensatos al que contestó a la pregunta de cuándo debería casarse el hombre: *Todavía no cuando es joven, en modo alguno cuando es viejo.* Se ve con frecuencia que los malos esposos tienen esposas muy buenas; ya sea porque eso eleva el precio de la amabilidad del marido cuando eso ocurre o que las esposas se enorgullecen de su paciencia; pero eso nunca falla, si los malos esposos fuesen de su propia elección, en contra de la opinión de sus amigos, porque entonces estarían bien seguras de hacer buena su propia tontería.

De la envidia

No hay ningún sentimiento que se haya observado que fascine o hechice, a no ser el amor y la envidia. Ambos tienen poderes vehementes; se transforman fácilmente en fantasías y sugestiones y se presentan con facilidad ante los ojos, especialmente, ante la presencia de los objetos causantes de la fascinación, si es que hay alguno. Así, vemos que las Escrituras llaman a la envidia ojo maligno; y los astrólogos llaman a la mala influencia de las estrellas, malos aspectos; así es que en el acto de la envidia, parece haber conocimiento, una emanación o irradiación del ojo. Además, algunos han sido tan observadores que han notado que el momento en que la mirada de un ojo envidioso produce más daño es cuando la parte envidiada está en su momento de gloria o triunfo, porque eso agudiza la envidia; al mismo tiempo, en tales momentos, el espíritu de la persona envidiada saldrá más al exterior, y así tropezará con la desagradable mirada.

Pero dejando esos detalles (aunque merecen que se piense en ellos a su debido tiempo), nos ocuparemos de qué personas están más sujetas a ser envidiadas; y cuál es la diferencia entre envidia pública y privada.

Un hombre que no tiene virtudes jamás envidia la virtud de otros; porque la mente de los hombres se nutrirá ya de su propio bien, ya del mal ajeno; y el que desea lo uno, perseguirá lo otro; y quien carece de esperanza para alcanzar la virtud de otro, tratará de apoderarse de la fortuna del otro.

El hombre que es afanoso y curioso, por lo general, es envidioso; pues saber mucho sobre los asuntos de los demás no puede ser sino a causa de que toda esa preocupación pueda concernir a sus propios bienes; por tanto, tiene que ser que encuentre cierto placer en fijarse en las fortunas de otros; ni el que se afana en sus propios asuntos tiene mucho que envidiar; pues la envidia es una pasión ociosa que pasea por las calles y no le gusta estar en casa: *Non est curiosus quim idem sit malevolus*[3].

Los hombres de noble cuna se caracterizan por ser envidiosos de los hombres que se encumbran, porque se altera la distancia que los separa; y es como un engaño a los ojos porque cuando otros vienen, piensan que ellos retroceden.

Las personas deformadas y los eunucos, los viejos y los bastardos son envidiosos; porque el que no puede enmendar su propio caso, hará lo que pueda por estropear el de los otros; salvo que esos defectos se produzcan en naturalezas muy bravas y valientes que piensen hacer de sus carencias naturales parte integrante de su honra; en ese caso, debería decirse: *ese eunuco, o ese cojo, hizo tales cosas grandes,* dando a entender la honra de un milagro: como sucedió con Narsés el eunuco, y Agesilao y Tamerlán que eran cojos.

El mismo caso es el de los hombres que se levantan después de calamidades y desgracias; pues son como hombres reñidos con su tiempo que consideran el daño de otros como una redención de sus propios sufrimientos.

Los que desean sobresalir en muchos asuntos, aparte de la frivolidad y la vanagloria, son siempre envidiosos porque no pueden desear trabajo; ya que es imposible que en cada uno de los asuntos puedan sobrepasar a los otros; ése era el carácter del emperador Adriano, que envidiaba mortalmente a los poetas y pintores y a los diestros en el trabajo, respecto al cual sentía afán de sobresalir.

Finalmente, los parientes y los compañeros de oficio y aquéllos que se han criado juntos, son más apropiados para envidiar a sus iguales cuando éstos se elevan; porque esto les vitupera su propia suerte, les señala y les acude con frecuencia a la memoria y del mismo modo hace que los otros se fijen en él; y la envidia siempre se redobla con la charla y la fama. La envidia de Caín hacia su hermano Abel fue la más vil y maligna, porque cuando su sacrificio era mejor aceptado no había nadie que lo viera. Así sucede con muchos que son propicios a la envidia.

Respecto a los que están más o menos sujetos a la envidia, primeramente, las personas de virtuosidad eminente, cuando lo son en grado avanzado, son menos envidiadas porque su fortuna parece debida a ellos; y nadie envidia el pago de una deuda sino más bien las recompensas y libertades. Además, la envidia siempre va unida a la comparación que el hombre hace consigo mismo, y donde no hay comparación, no hay envidia; por tanto, los reyes

no son envidiados sino por reyes. No obstante, debe tenerse en cuenta que las personas sin mérito son más envidiadas en su primera aparición y después sobrepasan mejor la envidia; mientras que, contrariamente, las personas de valía y mérito son más envidiadas cuando su buena suerte se prolonga; pues para entonces, aunque su virtuosidad sea la misma, ya no tiene el mismo lustre; pues los recién venidos la empañan.

Las personas de sangre no le son menos envidiadas en su encumbramiento, pues parece que es un derecho correspondiente a su cuna; además, no parece agregar demasiado a su suerte; y la envidia es como los rayos del sol, que calientan más en las elevaciones o cumbres que en el llano; y, por la misma razón, los que avanzan gradualmente son menos envidiados que quienes avanzan súbitamente y *per saltum.*

Los que juntan a sus honores grandes cuidados laboriosos, o peligros, están menos sujetos a la envidia, pues los hombres consideran que se ganan sus honores con fatiga y algunas veces se apiadan de ellos, y la piedad siempre cura a la envidia. Por lo cual, se observará que cuanto más profunda y cauta sea la clase de políticos en su grandeza, más se quejarán siempre de la vida que llevan, entonando el *quanta patimur*[4]; no es que lo sientan así, sino sólo para embotar el filo de la envidia; pero esto debe entenderse en negocios que pesan sobre los hombres, no los que ellos se buscan; pues nada acrecienta más la envidia que el aumento innecesario y ambicioso de los negocios; y nada extingue más la envidia hacia una persona importante que mantener a todos sus empleados inferiores en los plenos derechos y preeminencias de sus cargos; porque, por este medio, habrá muchas pantallas entre él y la envidia.

Sobre todo, están más sujetos a la envidia los que llevan la grandeza de su suerte en forma insolente y orgullosa; no encontrándose a gusto sino cuando ostentan cuán grandes son, ya con pompa externa o triunfando sobre toda oposición o competición. Por lo contrario, los hombres prudentes no se sacrificarán a la envidia sufriendo, a veces de propósito, impedimentos y sobrecargas en cosas que no les atañen mucho. No obstante, es muy cierto que el llevar la grandeza en forma declarada (aunque sin arrogancia ni vanagloria) provoca menos envidia que si se lleva de modo más hábil y artero; pues de esa forma el hombre no hace más que denegar la suerte, y parecer que se da cuenta de su propio deseo de valía, y enseñar a otros a que le envidien.

Por último, para terminar esta parte, como hemos dicho al principio que el acto de envidiar tiene en sí algo de hechicería, no tiene más curación que la que tiene la hechicería; y no es quitarse de encima la carga (como se dice) y echarla sobre otro; por esa razón las personas eminentes de mayor prudencia siempre colocan en primer término a alguien sobre quien desvían la envidia que caería sobre ellas; algunas veces sobre ministros o sirvientes, otras, sobre colegas y socios o algo semejante; y para esa desviación nunca faltan algunas personas de naturaleza valiente y emprendedora que, con tal de tener poderío y negocios, lo aceptarán a toda costa.

Pasemos ahora a hablar de la envidia pública: hay algo de bueno en la envidia pública que, contrariamente, no hay en la privada; porque la envidia pública es como un ostracismo que eclipsa a los hombres cuando se engrandecen demasiado; y, por tanto, es también un freno para los grandes que les mantiene dentro de los límites.

Esta envidia, llamada en latín *invidia,* circula en las lenguas modernas como el nombre del descontento, del cual hablaremos al ocuparnos de la sedición. Es una enfermedad en un Estado análoga a una infección; pues una infección se extiende sobre el que está sano y lo infecta, asimismo cuando la envidia entra una vez en un Estado, difama incluso sus mejores acciones, y las convierte en pestíferas; por tanto, se gana poco mezclando acciones plausibles porque eso no indica más que temor a la envidia, lo cual daña mucho más, como sucede en las infecciones que, si se las teme, es como llamarlas sobre uno.

Esta envidia pública parece recaer principalmente sobre funcionarios importantes y ministros, más que sobre reyes y naciones. Pero es una regla fija que si la envidia hacia los ministros es grande, la causa que la produce en ellos es pequeña; o que si la envidia es general hacia todos los ministros del Estado, entonces la envidia (aunque escondida) es verdaderamente hacia el propio Estado. Y gran parte de la envidia pública o descontento, y de la diferencia de ésta con la privada, es de lo que se trató en primer lugar.

Añadiremos que, en general, tocante al sentimiento de la envidia, de todos los sentimientos es el más inoportuno y constante; pues otros sentimientos se dan en ocasiones, por lo cual se dijo acertadamente: *Invidia festos dies non agit*[5], pues siempre actúa sobre uno u otros. Y también es de notar que el amor y la envidia abaten al hombre, lo cual no hacen otros sentimientos porque no son tan constantes. Es también el más vil de los

sentimientos y el más depravado; por esa causa es el atributo más apropiado del demonio, del cual se dice que *durmiendo los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo;* y siempre ocurre que la envidia opera sutilmente, en la sombra y en perjuicio de las cosas buenas como lo es el trigo.

Del amor

El escenario debe más al amor que a la vida del hombre; pues para el escenario, el amor es siempre asunto de comedias y de vez en cuando de tragedias; pero en la vida hay mucha malicia, a veces como de sirena, a veces como de furia. Se puede observar que entre todas las personas grandes y valiosas (de las que queda memoria, tanto antiguas como recientes), no hay ninguna que haya sido transportada al estado de locura de amor, lo que demuestra que los grandes espíritus y los grandes negocios deben mantenerse fuera de las pasiones débiles. No obstante, se debe exceptuar a Marco Antonio, el copartícipe del imperio de Roma, y a Apio Claudio, decenviro y legislador; el primero de los cuales fue en verdad un hombre voluptuoso y desordenado, pero el último fue austero y prudente; por tanto, parece que el amor (aunque raramente) puede hallar entrada no sólo en un corazón abierto, sino también en un corazón bien fortificado, si no mantiene buena vigilancia. Vale poco el dicho de Epicuro de que *Satis magnum alter alteri theatrum sumus*[6]; como si el hombre, creado para la contemplación del cielo y de todos los objetos nobles, no tuviera que hacer otra cosa sino arrodillarse ante idolillos y someterse, aunque no por la boca (como están las bestias), mas por los ojos, que le fueron dados para fines más elevados. Resulta extraño observar el exceso de esa pasión y cómo ofende a la naturaleza y valor de las cosas, de ahí que el hablar en perpetua hipérbole es grato nada más que en el amor y no solamente lo es en las frases; mientras que se ha dicho acertadamente *que el adulador bromista, con quien se entienden todos los aduladores despreciables, se adula a sí mismo,* en verdad, el amante es algo más, pues nunca hubo un hombre que pensara tan absurdamente bien de sí mismo como hace el amante de la persona amada; por tanto, estuvo bien dicho lo de que *es imposible amar y ser juicioso.* Ni esta debilidad se presenta sólo a otros, ni a la parte amada, sino a la amada sobre todo, salvo que el amor sea recíproco; pues es regla

cierta que el amor siempre es recompensado, tanto recíprocamente o con un desdén íntimo y secreto; por cuanto la mayor parte de los hombres debería darse cuenta de esa pasión que pierde no sólo a otras cosas sino a sí misma. En cuanto a las otras pérdidas, las expresa bien el relato del poeta: *Que el que prefirió a Helena, renunció a los dones de Juno y Palas;* pues quienquiera que estime demasiado la afección amorosa, renunciará tanto a las riquezas como a la prudencia. Esa pasión tiene su afluencia en los verdaderos momentos de debilidad que son los de gran prosperidad y gran adversidad, aunque esta última ha sido menos observada; ambas encienden el amor y lo hacen más ferviente, y, por tanto, demuestran que es hijo de la insensatez. Harán mejor los que, no pudiendo rechazar el amor, le den cuartel y lo separen completamente de sus asuntos y actividades serias de la vida; porque si se interfiere una vez en los negocios, perturba la suerte de los hombres y hace que no puedan en modo alguno ser leales a sus propios fines. No sé por qué, pero los hombres marciales están dados al amor; creo que es porque están dados al vino, pues los peligros, generalmente, reclaman ser recompensados con placeres. Hay en la naturaleza del hombre una secreta inclinación y tendencia hacia el amor a otros, las cuales si no se emplean en una o pocas personas, se extienden naturalmente hacia muchas y convierten a los hombres en humanitarios y caritativos, como se ve muchas veces en los frailes. El amor nupcial hace a la humanidad, el amor amistoso la perfecciona, pero el licencioso, la corrompe y envilece.

De los grandes puestos

Los hombres situados en grandes puestos son sirvientes triples: sirvientes del soberano o del Estado, sirvientes de la fama y sirvientes de los asuntos; de ese modo, no disponen libremente ni de su persona, ni de sus acciones, ni del tiempo. Es un extraño deseo buscar el poder y perder la libertad; o buscar poder sobre los demás y perderlo sobre sí mismo. Elevarse a los puestos es trabajoso y esos hombres llegan con penalidades a penalidades mayores; a veces son viles y, mediante indignidades, alcanzan las dignidades. Mantenerse en ellas es cosa escurridiza y retirarse resulta una caída, o al menos un eclipse, lo cual resulta un tanto melancólico: *Cum non sis qui fueris, non esse cur velis vivere*[7]. Aún más, los que se retiran no pueden hacerlo cuando quieren ni podrán cuando sea razonable; pero están impacientes por el retiro aun en la vejez y en la enfermedad que requieren la sombra; como los viejos de las ciudades que seguirán sentados a la puerta de la calle, aunque con eso expongan al desprecio la vejez. En verdad que las personas importantes necesitan pedir prestada la opinión de otros hombres para creerse felices; pues si juzgan por sus propios sentimientos, no logran conseguirlo; pero si pensaran de sí mismos lo que otras personas piensan de ellos, y que los otros hombres tuvieran su alegre manera de ser, entonces serían felices como lo fueron porque se lo decían, cuando, quizá, encuentran en su interior que no es así; pues ellos son los primeros en encontrar sus propias penas aunque son los últimos en hallar sus faltas. La verdad es que los hombres de fortuna son extraños para sí mismos y mientras están en el embrollo de los asuntos no tienen tiempo de velar por su salud tanto corporal como mental. *Illi mors gravis incubat, qui notus nimis omnibus, ignotus moritur sibi*[8].

En el puesto hay libertad para hacer el bien y el mal, de lo cual, lo último, es una maldición; pues en el mal, la mejor condición es no desearlo, la segunda no poder. Mas hacer el bien es la finalidad verdadera y legal de las

aspiraciones; pues los buenos pensamientos, aunque Dios los acepte, son poco mejor en los hombres que los buenos sueños, salvo que los ponga en obra; y esto no puede ser sin tener posibilidad y ocasión como son la ventaja y dominio de la situación.

El mérito y las buenas obras son la finalidad de la actividad del hombre, y el tener conciencia de ello es alcanzar descanso; si un hombre puede compartir el teatro de Dios, del mismo modo podrá compartir el descanso de Dios. *Et conversus Deus, ut aspiceret opera, quae fecerunt manus suae, vidit quod omnia essent bona nimis*[9]; luego vino el sábado.

Al desempeñar tu puesto pon ante ti los mejores ejemplos; pues la imitación es como un globo lleno de preceptos, y después pon ante ti tu propio ejemplo; y examínate severamente para ver si no lo hiciste mejor al principio. No desdeñes además los ejemplos de los que se comportaron mal en ese mismo puesto; no para apartarlos reprochando su recuerdo sino para que ellos mismos te indiquen lo que se ha de evitar. Por tanto, haz reformas sin jactancia o escándalo de los tiempos y personas anteriores; pero impóntelas, tanto para sentar buenos precedentes como para seguirlos. Reduce las cosas a su primitiva institución y observa dónde y cómo degeneraron; pero pide consejo a las dos épocas; la época antigua que es la mejor y la última época que es la más apropiada. Trata de dar regularidad a tu actuación, que los hombres puedan saber de antemano qué pueden esperar, pero no seas demasiado positivista y perentorio, y exprésate en buena forma cuando discrepes de tus normas. Preserva el derecho de tu puesto, pero no promuevas cuestiones de jurisdicción; y acepta, más bien en silencio, tus derechos como *de facto,* que voceándolo con reclamaciones y retos. Preserva asimismo los derechos de los puestos inferiores; y piensa que es más honroso dirigir lo principal que ocuparse de todo. Acepta y pide ayuda y consejos referentes al desempeño de tu puesto; y no te desvíes debido a ellos, como los metomentodo, sino aceptándolos sólo en buena parte. Los vicios de la autoridad son principalmente cuatro: tardanza, corrupción, rudeza y accesibilidad. Para la tardanza: facilita los contactos, cumple los plazos señalados, concluye lo que traes entre manos, y entremezcla no los asuntos, sino la necesidad. La corrupción, no sólo te ata las manos y las de tus sirvientes al aceptar, sino que ata también las manos de los solicitantes al ofrecer; porque la integridad al uso hace lo uno, pero la integridad sincera y con manifiesta aversión al soborno, hace lo otro; y evita

no sólo la falta, sino la sospecha. Todo el que sea variable y cambie ostensiblemente sin causa manifiesta, da sospechas de corrupción; por tanto, siempre que cambies tu opinión o tu actuación, hazlo sencillamente y decláralo junto con las razones que te han movido al cambio, y no lo hagas subrepticiamente. Un sirviente o un favorito, si es íntimo sin ninguna otra causa aparente de estima, se piensa de él generalmente que es un escondido camino para la corrupción. Por lo cual, la corrupción es una causa innecesaria de descontento: la severidad alimenta al miedo; la rudeza al odio. Incluso los reproches procedentes de la autoridad deben ser serios, no insultantes. La accesibilidad es peor que el soborno, pues el soborno sólo se produce de tiempo en tiempo; si la importunidad o la falta de respeto guían a un hombre nunca carecerá de ellos; como dijo Salomón: *No es bueno respetar a las personas; pues tal hombre pecará por un pedazo de pan.*

Más verdad es lo que se dijo antiguamente: *El puesto nos muestra al hombre; y nos muestra algo de lo mejor y algo de lo peor. Omnium consensu capax imperii, nisi imperasset*[10], dijo Tácito de Galba; pero de Vespasiano dijo: *Solus imperantium, Vespasianus mutatus in melius*[11], aunque en uno se refería a su capacidad y en otro a sus costumbres y aficiones.

Es señal segura de un espíritu digno y generoso el enmendar el honor; porque el honor es, o debiera ser, asiento de la virtud; y como en la naturaleza las cosas se mueven violentamente hacia su sitio, y tranquilamente en su sitio, así la virtud es violenta en la ambición y aposentada y tranquila en la autoridad. Toda elevación hacia un punto importante es por una escalera de caracol; y si hay facciones, es conveniente apoyar al hombre mientras se eleva y contrapesarlo cuando haya alcanzado el puesto. Utiliza el recuerdo de los predecesores con justicia y tacto; porque si no lo haces, es deuda que tendrás que pagar cuando te hayas ido. Si tienes colegas, respétalos; y más bien llámalos cuando no lo pretendían que excluirlos cuando tienen razón para pretender que los llamen. No seas demasiado sensible ni tengas demasiado presente tu puesto durante las conversaciones y respuestas privadas con los peticionarios; es mejor que digan: *Cuando está en su puesto, es otro hombre.*

De la bondad y bondad de la naturaleza

Tomo la bondad en este sentido, el que afecta al bienestar de los hombres, que es lo que los griegos llamaban *filantropía;* y la palabra humanidad, tal como se usa, resulta demasiado leve para expresarla. Bondad llamo yo al hábito, y bondad de la naturaleza, a la inclinación. Siendo ésta, de todas las virtudes y dignidades del espíritu, la característica de la Deidad; y sin ella, el hombre resulta un ser atareado, despreciable y miserable no mejor que cualquier clase de gusano. La bondad responde a la virtud teologal de la caridad y no admite exceso, sino error. El deseo de poder excesivo produjo la caída de los ángeles; el deseo de saber excesivamente hizo caer al hombre; pero en la caridad no hay exceso ni puede el ángel o el hombre correr peligro por ella. La inclinación hacia la bondad está profundamente impresa en la naturaleza del hombre hasta tal punto que si no se orienta hacia los hombres, se dirigirá hacia otras criaturas vivientes; como se ve entre los turcos, pueblo cruel, que, sin embargo, son bondadosos con los animales, y dan alma a los perros y las aves; hasta tal extremo, como cuenta Busbechius, que un muchacho cristiano estuvo a punto de ser lapidado por atar el pico, en son de chacota, a una cigüeña. Cierto que pueden cometerse errores en esta virtud de la bondad o caridad. Los italianos tienen un proverbio chocante: *Tanto buon che val niente*[12]; y una de las eminencias de Italia, Nicolás Maquiavelo, tuvo el atrevimiento de escribir, casi en términos vulgares, *que la fe cristiana había convertido a hombres buenos en presa de los tiránicos e injustos;* lo cual era, según decía, porque, en verdad, nunca había habido un derecho, una secta o un pensamiento que hubiera exaltado tanto la bondad como lo había hecho la religión cristiana; por lo cual para evitar tanto el escándalo como el peligro, es conveniente conocer los errores de tan excelente hábito. Buscad el bien de los demás hombres, pero no os esclavicéis a sus apariencias o ficciones; pues eso no es más que facilidad o debilidad para apresar una mente honrada. Ni deis

una gema al gallo de Esopo, que se sentiría más feliz si le dierais un grano de cebada. El ejemplo de Dios enseña la verdadera lección: *Él os envía su lluvia y hace que su sol brille sobre justos e injustos;* pero no hace llover riquezas ni brillar honores y virtudes por igual sobre los hombres; los beneficios comunes tienen que compartirse con todos, pero los beneficios especiales, con los elegidos. Y daos cuenta de cómo, al hacer el retrato, rompéis el modelo; pues la divinidad hace el modelo del amor a nosotros mismos, y el retrato, del amor a nuestro prójimo: *vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres y sígueme*, pero no vendas todo lo que tienes salvo que vengas y me sigas; es decir, salvo que tengas vocación de que puedes hacer tanto bien con pocos medios como con muchos; pues si no, al alimentar el cauce, secas la fuente. Ni hay tampoco un hábito de bondad dirigido por la recta razón, sino que hay en algunos hombres incluso en la naturaleza, cierta disposición hacia ella; como, por otra parte, hay una malignidad natural, que hace no desear el bien de los demás. La especie de malignidad más leve se torna colérica por anticipación, o aptitud para oponerse, u obstinación, o cosa análoga; pero la especie más profunda, por envidia o simple desprecio. Tales personas, ante las calamidades de los demás, se encuentran a punto y siempre se hallan en la parte más abrumadora; no es tan buena como los perros de Lázaro que le lamían las llagas, sino como moscas que están siempre zumbando alrededor de todo lo que está ulcerado; los misántropos, que acaban llevando al hombre a colgarse de un árbol y, sin embargo, nunca tienen un árbol para tal fin en sus jardines, como lo tenía Timón. Tales cualidades son los verdaderos errores de la naturaleza humana, y, no obstante, son la madera más apropiada para hacer grandes políticos; como la madera curvada que sirve para los barcos que la requieren así, pero no para construir casas que se han de mantener derechas. Las partes y señales de la bondad son muchas. Si un hombre es generoso y cortés con los extranjeros, eso demuestra que es ciudadano del mundo y que su corazón no está aislado de otras tierras sino que forma con ellas un continente; si es comprensivo para las aflicciones de los demás, eso demuestra que su corazón es como el árbol noble que se hiende cuando da su bálsamo; si perdona y condona fácilmente las ofensas, eso demuestra que su mente está por encima de las injurias, de tal modo que no puede ser alcanzado por el disparo; si es agradecido a los pequeños beneficios, eso demuestra que sopesa el pensamiento de los hombres y no su basura; pero,

sobre todo, si tiene la perfección de san Pablo, que hubiera querido el anatema de Cristo por la salvación de sus hermanos, eso demuestra mucho de la naturaleza divina, y cierta clase de conformidad con Cristo mismo.

De los viajes

Los viajes, en la época de juventud, son parte de la educación; en la vejez, parte de la experiencia. El que viaja por un país antes de poseer conocimientos de su idioma, es como si fuese a la escuela en vez de viajar. Esos jóvenes, según mi consejo, deben viajar con un tutor o sirviente serio que sepa el idioma y haya estado en el país anteriormente; de tal modo que pueda decirles qué cosas merecen ser visitadas en el país donde van, qué relaciones deben buscar y qué ejercicios y conocimientos proporciona el lugar; pues, si no, los jóvenes irían como con los ojos vendados y poco verían en el extranjero. Es extraño que en los viajes marítimos, donde no hay nada que ver sino cielo y mar, los hombres escriban diarios; pero en los viajes por tierra, donde hay tanto que observar, la mayoría no los escriben, como si la ocasión fuese más apropiada para vivirla que para observarla. Por lo tanto, que se sigan haciendo diarios. Las cosas que hay que observar son las cortes de los príncipes, especialmente cuando dan audiencia a los embajadores; los tribunales de justicia, cuando celebran vistas de causas; y lo mismo los sínodos eclesiásticos; las iglesias y monasterios con los monumentos conmemorativos que contengan; las murallas y fortificaciones de las ciudades y poblaciones; las abras y puertos, antigüedades y ruinas, bibliotecas, colegios y controversias y conferencias donde las haya; navegación y barcos; casas y jardines estatales y de placer, grandes ciudades próximas; armerías, arsenales, polvorines, agencias de cambio y bolsa, ejercicios de equitación, esgrima, instrucción de soldados y cosas análogas; comedias a las que asista el mejor público; colecciones de joyas e indumentaria; vitrinas y rarezas; y, para terminar, todo lo que sea memorable en el lugar al que se vaya, de todo lo cual tutores o sirvientes tienen que hacer la diligente averiguación. En cuanto a los regocijos públicos, carnavales, fiestas, bodas, funerales, ejecuciones capitales y espectáculos análogos, no es necesario llamar la atención sobre ellos; sin

embargo, no deben desdeñarse. Si se necesita que un joven haga un viaje corto y en poco tiempo recoger mucho, debe hacerse esto: primero, como ya dije, debe tener algún conocimiento de la lengua antes de partir; luego tener ese sirviente o tutor que conozca el país, como también se dijo; que lleve además algún mapa o libro que describa el país por donde viaja, lo cual será excelente ayuda para su aprendizaje; que también lleve un diario; que no esté demasiado en una ciudad o población sino, más o menos, lo que el lugar merezca, aunque nunca mucho; cuando esté en una capital o población permítasele cambiar de alojamiento de un extremo a otro de la población; eso es un gran atractivo de conocimientos personales; déjesele que se separe de la compañía de sus compatriotas y coma en los sitios donde haya buena compañía de la nación por la que se viaja; que cuando se traslade de un lugar a otro se procure recomendaciones para algunas personas calificadas residentes en el lugar al que se traslada, donde podrá utilizarlas en aquellas cosas que desee ver o conocer. Eso puede abreviar su viaje con mucho provecho. En cuanto a las relaciones que debe adquirir durante el viaje, la más provechosa de todas es ser presentado a los secretarios y empleados de los embajadores, pues así, al viajar por un solo país, puede extraer la experiencia de muchos; que también vea y visite a personas eminentes en todas las esferas que sean de renombre en el extranjero, lo cual le servirá para decir si su vida está de acuerdo con la fama. Debe evitar con cuidado y discreción las disputas; generalmente se producen por amantes, salud, lugares y palabras; y que aprenda cómo estar en compañía de personas iracundas y pendencieras, pues esas personas le arrastrarían en sus disputas. Cuando el viajero regrese a su patria, que no olvide completamente los países por los que viajó sino que mantenga correspondencia epistolar con aquellas de las personas conocidas que más lo merezcan; que sus viajes aparezcan más en su conversación que en su atuendo y maneras; que en su conversación sea cauto en las respuestas y no propenso a contar anécdotas; y que se vea que no cambia sus costumbres patrias por las extranjeras sino que sólo ponga flores de las que ha conocido fuera entre las costumbres de su patria.

Del imperio

Es una desdichada situación mental tener pocas cosas que desear y muchas que temer; y, sin embargo, es el caso corriente de los reyes, quienes, aun estando en lo más alto, ansían cosas que exciten su deseo y hagan languidecer menos su espíritu; y tienen muchas visiones de peligros y sombras que oscurecen aún más su mente. Y esto se debe a una razón, además, de cuyo efecto hablan las Escrituras, *que el corazón de los reyes es inescrutable*, pues multitud de celos y la falta de cierto deseo predominante que domine y ponga orden en los demás, hacen del corazón de todo hombre algo difícil de hallar y sondar. De ahí que, análogamente, los príncipes hacen muchas veces sus propios deseos y ponen su corazón en juguetes; otras veces en un edificio; otras, en crear un nuevo orden; otras, en hacer progresar a una persona; otras, en obtener maestría en algún arte o habilidad manual, como Nerón en tocar el arpa; Domiciano en puntería con el arco; Cómodo, en la esgrima; Caracalla, en conducir carros, y así sucesivamente. Eso parece increíble a los que no conocen el principio de que el espíritu del hombre se alegra y renueva más aprovechándose de cosas pequeñas que deteniéndose en las grandes. También vemos que los reyes, que han sido conquistadores afortunados en sus primeros años, no siendo posible que eso continúe indefinidamente sino que tienen que sufrir alguna detención o retirada de su buena suerte, se vuelven en sus últimos años supersticiosos y melancólicos; como les ocurrió a Alejandro Magno, Diocleciano y, que recordemos, a Carlos V y a otros; porque quien está acostumbrado a avanzar y encuentra una detención, cae en la desconfianza de sí mismo y ya no es lo que fue.

Hablando ahora del verdadero temple del imperio resulta una cosa rara y dura de conservar, pues tanto el temple como el destemple constan de contrarios; pero una cosa es mezclar contrarios y otra intercambiarlos. La respuesta de Apolonio a Vespasiano está llena de excelente enseñanza.

Vespasiano le preguntó: *¿Cuál fue el defecto de Nerón?,* y él le contestó: *Nerón podía cantar y tocar el arpa bien pero en el gobierno, a veces solía apretar las clavijas demasiado y otras las dejaba demasiado flojas.* Y cierto es que nada destruye tanto la autoridad como el cambio desigual y a destiempo del poder, apretar demasiado y aflojar mucho.

Y es cierto que la sabiduría de todos estos últimos tiempos en los asuntos de los príncipes ha sido más bien la de elegantes discursos y desviaciones de peligros y daños, cuando los tenían cerca, que la de sólidas y bien fundamentadas admoniciones para mantenerlos alejados; pero eso no es más que intentar dominio con suerte y dejar a los hombres que se den cuenta de cuánto desprecian y les molesta la preocupación de estar preparados. Pues nadie puede impedir la chispa ni decir cuándo se producirá. Las dificultades en los asuntos de los príncipes son muchas y grandes; pero la mayor dificultad está, las más de las veces, en su propia mentalidad. Pues es común entre los príncipes, dice Tácito, desear las contradicciones: *Sunt plerumque regum voluntates vehementes, et inter se contrariae*[13]; porque el solecismo del poder es creer que se puede dominar el fin y, sin embargo, no reafirmar los medios.

Los reyes tienen que tratar con sus vecinos, sus esposas, sus hijos, sus prelados o clero, sus nobles, sus segundones o caballeros, sus comerciantes, su pueblo llano, sus guerreros; y de todos éstos surgen peligros si no se utilizan el cuidado y la circunspección.

Primeramente, respecto a los vecinos, no se puede dar una norma general (los casos son muy variados), salvo una que siempre prevalece; la cual es que los príncipes deben mantener la debida vigilancia para que ningún vecino prospere tanto (por aumento de su territorio, por dedicación al comercio, por acercamiento, o cosas análogas) que puedan ser más capaces de aniquilarles que lo eran antes; y eso generalmente es la labor de consejos permanentes que lo prevean y lo eviten. Durante aquel triunvirato de reyes, Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, se mantenía tal vigilancia que ninguno de los tres podía ganar un palmo de terreno sin que los otros dos trataran de equilibrarlo ya mediante la confederación o, si era necesario, mediante la guerra; y en modo alguno harían la paz por interés; lo mismo hizo aquella liga (que Guicciardini dijo que era la seguridad de Italia) establecida entre Fernando, el rey de Nápoles, Lorenzo de Médicis y Ludovico Sforza, gobernantes, el uno de

Florencia y el otro de Milán. Ni es de aceptar la opinión de algunos escolásticos de que la guerra no puede hacerse con justicia como no se base en una injuria y provocación precedente; pues no hay motivo a no ser el miedo justificado a un peligro inminente, aunque no hubiera habido ningún ataque, como causa legal de la guerra.

En cuanto a las esposas, hay crueles ejemplos de ellas. Livia fue infamada de haber envenenado a su esposo; Roxolana, esposa de Solimán, fue la ruina de aquel renombrado príncipe, el sultán Mustafá, y además alteró su dinastía y sucesión; la reina, esposa de Eduardo II de Inglaterra, fue actora principal en el destronamiento y muerte de su marido.

Esta clase de peligro debe principalmente temerse cuando las esposas conspiran por la elevación de sus hijos o también cuando son adúlteras.

En cuanto a los hijos, las tragedias de análogos peligros producidos por ellos han sido muchas; y generalmente el que los padres sospechen de sus hijos siempre han sido tragedias desgraciadas. La ruina de Mustafá (al que hemos aludido antes) fue tan fatal al linaje de Solimán que de la sucesión turca desde Solimán hasta nuestros días, se ha sospechado ser falsa y de sangre ajena; por eso se creyó que Selim II fue un fraude. La destrucción de Crispus, joven príncipe de extraordinario empuje, por su padre Constantino el Grande, fue, del mismo modo, fatal para su dinastía; pues sus dos hijos Constantino y Constancio murieron de muerte violenta; y Constante, su otro hijo, lo pasó algo mejor, pues murió de enfermedad, pero después de que Juliano hubiera tomado las armas contra él. La muerte de Demetrio, hijo de Filipo II de Macedonia, se volvió contra su padre, pues murió de repente. Y hay muchos ejemplos semejantes; pero pocos o ninguno en el que los padres se hayan beneficiado con tal destrucción, salvo que los hijos se hubieran levantado en armas contra ellos; como hizo Selim I contra Bayaceto y los tres hijos de Enrique II, rey de Inglaterra.

En cuanto a los prelados, cuando son orgullosos e importantes, también hay peligro en ellos; como ocurrió en tiempos de Anselmo y Tomás Becket, arzobispos de Canterbury, quienes, con el báculo, intentaron hacer tanto como con la espada del rey; y aun tuvieron que habérselas con reyes fuertes y soberbios: Guillermo Rufus, Enrique I y Enrique II. El peligro no procede del propio Estado sino donde depende de una autoridad extranjera; o donde los eclesiásticos intervienen y son elegidos, no directamente por el rey o protectores particulares, sino por el pueblo.

Respecto a los nobles, no es equivocado mantenerlos a distancia; pero rebajarlos puede dar más absolutismo al rey, aunque menos seguridad y menor posibilidad de realizar cualquier cosa que desee. Lo he hecho notar en mi historia del rey Enrique VII de Inglaterra, quien oprimió a la nobleza con lo cual sucedió que su época estuvo llena de dificultades y revueltas; pues la nobleza, aunque mantuvo su lealtad hacia él, no cooperó con el rey en sus asuntos; por lo cual, en efecto, el rey tuvo que hacerlo todo por sí solo.

En cuanto a los segundones, no ofrecen mucho peligro, ya que constituyen un estamento disperso. Pueden, a veces, alzar la voz pero eso produce poco daño; además, son un contrapeso de la nobleza alta para que no se haga demasiado poderosa; y, finalmente, al ser la autoridad inmediata respecto al pueblo llano, atemperan las conmociones populares.

En cuanto a los comerciantes, son la *vena porta,* y si no florecen, el reino puede tener buenos miembros, pero tendrá venas vacías y se alimentará poco. Las contribuciones e impuestos sobre ellos apenas benefician los ingresos del rey, pues lo que gane en el distrito lo pierde en el condado; aumentan los porcentajes particulares pero el total del comercio más bien disminuye.

Respecto al pueblo llano, poco peligro hay en él, excepto donde tienen dirigentes grandes y poderosos; o donde se interfieren su religión o sus costumbres o sus medios de vida.

En cuanto a los guerreros, resulta un estamento peligroso allí donde viven formando corporación, y se utilizan gratificaciones; de lo cual vemos ejemplos en los jenízaros y los pretorianos de Roma; pero la instrucción de las tropas, situarlas en varias plazas, tenerlas bajo distintos jefes y sin gratificaciones, son forma de defensa y no de peligro.

Los príncipes son como los cuerpos celestes, que producen los buenos o los malos tiempos; y que tienen mucha veneración pero ningún descanso. Todos los preceptos concernientes a los reyes, en realidad, se resumen en estas dos recomendaciones: *Memento quod es homo* y *Memento quod es Deus o vice Dei*[14]; la una frena su poder y la otra su voluntad.

De la astucia

Tomamos la astucia por una sabiduría siniestra y perversa; y, en verdad, que hay gran diferencia entre un hombre astuto y uno sabio, no sólo en punto a honradez sino en punto a capacidad. Se puede barajar las cartas y no saber jugar bien; así es que hay algunos que son buenos como agentes electorales y miembros de partido y, sin embargo, son débiles. Además, una cosa es entender a las personas y otra entender los asuntos; pues hay muchos que entienden perfectamente los humores de los hombres y no tienen mucha capacidad en lo realmente importante de un asunto, lo cual es propio de quien ha estudiado más los hombres que los libros. Tales personas son más aptas para la acción que para el consejo, y son buenas sólo en su barrio. Enfrentémoslas ante personas desconocidas y habrán perdido su rumbo; por eso la antigua norma para distinguir a un tonto de un inteligente: *Mitte ambos nudos ad ignotos, et videbis*[15], dice muy poco en su favor; y como esos hombres astutos son como buhoneros de baratijas, no les cuesta mucho trabajo abrir su tienda.

Es punto de astucia vigilar con la vista a aquél con quien se habla, como dicen los jesuitas en uno de sus preceptos; pues hay muchos hombres prudentes que guardan el secreto en su corazón y lo dejan traslucir en la cara; sin embargo, eso debe hacerse bajando de vez en cuando los ojos con modestia, como también acostumbran los jesuitas.

Otra cosa es cuando hay algo que obtener de un enviado y se le entretiene y divierte con otros temas, de tal modo que no esté demasiado alerta para hacer objeciones. Conocí un consejero y secretario que nunca se presentaba a la reina Isabel de Inglaterra con leyes para firmar, sino que siempre le hablaba de cosas de Estado de tal forma que ella no se preocupara de las leyes.

La misma sorpresa puede hacerse proponiendo las cosas cuando los otros tienen prisa y no pueden detenerse a examinar con prudencia lo que se ha

propuesto.

Si un hombre tuviera que impedir un asunto y dudara que alguna otra persona pudiera llevarlo a cabo con destreza, déjelo pretender que le desea el éxito, mientras él mismo maniobra para hacerlo fracasar.

La interrupción en medio del asunto sería como decir, si esa persona interviniese: fomenta un gran apetito en quien te puede proporcionar mayor conocimiento.

Y puesto que es mejor cuando algo parece que lo han conseguido de ti preguntándotelo que si lo dices por tu cuenta, pueden poner un cebo por respuesta poniendo un gesto y cara distintos a los que deseas; para, al final, dar ocasión a los otros a que pregunten a qué se debe el cambio, como hizo Nehemías: *Y yo no había estado antes triste en presencia del rey*.

En las cosas que son delicadas y desagradables, es conveniente romper el hielo con algunas cuyas palabras sean de menor peso y reservar las voces más pesadas para cuando llegue la ocasión, de tal modo que el otro tenga que preguntarle sobre la otra cuestión; como hizo Narciso al contar a Claudio el matrimonio de Mesalina con Silio.

En las cosas en que no queremos vernos es signo de astucia tomar de prestado el nombre de otros diciendo: *la gente dice o dicen por ahí.*

Conocí uno que, cuando escribía una carta, ponía lo más importante en la posdata, como si fuese asunto de poca importancia.

Conocí otro que, cuando tenía que hablar, pasaba de largo sobre lo que más le importaba; continuaba y retrocedía y luego hablaba de ello como si fuese algo que casi hubiera olvidado.

Algunos procuran que les sorprendan en momentos tales en que es probable que se los encuentren los que ellos quieren y que les encuentren con una carta en la mano, o haciendo algo a lo que no están acostumbrados para que, en definitiva, les pregunten sobre esas cosas que ellos están deseando sacar a relucir.

Es signo de astucia dejar caer con esas palabras alusivas el nombre de una persona, para que otra persona las oiga y las utilice y, en consecuencia, aprovecharse de ello. Conocí dos que fueron competidores para el puesto de secretario en tiempos de la reina Isabel y que, sin embargo, mantenían buenas relaciones entre ambos, y se confiaban el uno al otro los asuntos; y uno de ellos dijo que ser secretario en la decadencia de una monarquía era una cosa delicada y que no la deseaba; el otro captó inmediatamente esas

palabras y, hablando con varios amigos, les dijo que no tenía razón alguna para ser secretario en la decadencia de una monarquía. El primero se enteró de ello y consiguió contárselo a la reina, la cual al oír hablar de decadencia de una monarquía, lo tomó tan a mal que nunca quiso volver a oír de la solicitud del otro.

Es astucia lo que nosotros en Inglaterra llamamos *the turning of the cat in the pan* (la vuelta del gato en torno de la cazuela); que es cuando lo que un hombre dice a otro hace ver que a él se lo ha dicho otra persona; y, para decir la verdad, no es fácil, cuando entre dos sucede eso, aclarar cuál de los dos lo inició.

Una forma que algunos utilizan es mirar y lanzarse hacia alguien para justificarse por su negativa; es como decir: *No hago eso;* como Tigelino hizo con Burro: *Sed non diversas spes, sed incolumitatem imperatoris simpliciter spectare*[16].

Algunos tienen preparados cuentos e historias, como si no tuvieran nada que insinuar, pero pueden envolverlo en un cuento que sirve tanto para mantenerse ellos en guardia, como hacer que otros se hagan cargo de ello con más agrado.

Es un buen rasgo de astucia para una persona acomodar la respuesta que tenga que dar a sus propias palabras y propósitos porque eso hace que el otro pierda rapidez.

Es extraño cuánto tiempo pueden estar mintiendo algunas personas en espera de poder decir lo que quieren; y cuán lejos pueden ir y cuántos asuntos tocarán para aproximarse a lo que quieren. Es cosa de mucha paciencia pero también muy utilizada.

Muchas veces, una pregunta repentina, atrevida e inesperada sorprende a una persona y la deja al descubierto. Como aquél que, habiendo cambiado de nombre y pasando por la catedral de San Pablo, de repente se acercó otro por detrás y le llamó por su verdadero nombre, con lo cual miró hacia atrás inmediatamente.

Pero esas fruslerías y pequeñas astucias son infinitas y estaría bien hacer una lista de ellas; pues nada hace más daño en un Estado que esos hombres astutos pasen por sabios.

Mas, en verdad, algunos hay que conocen los resortes y vicisitudes de los negocios y, sin embargo, no pueden meterse de lleno en ellos; como una casa que tiene entrada y escalera apropiadas pero ninguna habitación

amplia. Por lo tanto, se les verá encontrar buenas ocasiones al final, pero son incapaces de examinar o discutir los asuntos; y sin embargo, por lo general, se aprovechan de su incapacidad y dirán agudezas acerca de la dirección. Otros más bien se basarán en el engaño de los demás valiéndose de triquiñuelas más que de solidez de sus propios procedimientos; pero Salomón dice: *Prudens advertit ad gressus suos, stultus divertit ad dolos*[17].

De la sabiduría egoísta

Una hormiga es sabia para sí, pero resulta maligna en una huerta o en un jardín; y, en verdad, los hombres que se aman a sí mismos demasiado arruinan la cosa pública. Divide con razón entre el amor propio y la sociedad; sé tan veraz contigo como no eres falso con los otros, especialmente con tu rey y país. Resulta un objetivo muy pobre para la actividad de un hombre el dedicarse a sí mismo. Es como la tierra que sólo gira en torno de su centro; ya que todas las cosas que tienen afinidad con el firmamento se mueven en torno del centro de otro del que se benefician. Referir todo a sí mismo es más tolerable en un príncipe soberano porque ellos no son sólo ellos mismos sino que su bien y su mal corren el peligro de la fortuna pública; pero es un mal sin esperanza en un sirviente de un príncipe o en un ciudadano de una república; pues cualesquiera negocios que pasen por manos de tales hombres los inclinarán en su provecho, y sus necesidades con frecuencia serán ajenas a las de su señor o Estado. Por tanto, que los príncipes o Estados escojan tales sirvientes que no tengan esa señal; excepto que su servicio sólo sea accesorio. Lo que produce un efecto más pernicioso es que se pierde toda proporción. Habrá sobrada desproporción en que el bien del sirviente sea preferido al de su amo; pero aún es más extremado cuando un pequeño bien del sirviente acarrea las cosas en contra de un gran bien del amo. Y, sin embargo, ése es el caso de los malos funcionarios, tesoreros, embajadores, generales y otros servidores falsos y corrompidos; lo cual desvía la bola de sus pequeños fines y deseos, en contra de los grandes e importantes negocios de su soberano; y, en la mayoría de los casos, el bien que reciben tales servidores está modelado en su propia fortuna. Y, en verdad, es propio de los que se aman a sí mismos demasiado ser capaces de prenderle fuego a una casa sólo para asar unos huevos; y, sin embargo, esos hombres, muchas veces, tienen crédito ante

sus amos porque su habilidad es complacerles y sacar provecho para sí; y en su beneficio abandonarán el bien de los asuntos.

La sabiduría egoísta es en muchas de sus ramas una cosa depravada. Es la sabiduría de las ratas, que estarán seguras de abandonar una casa antes de que se hunda; es la sabiduría de la zorra, que expulsa al tejón que ha cavado su cueva y ella es la que se aloja; es la sabiduría de los cocodrilos, que derraman lágrimas cuando van a devorar. Pero lo que se debe notar especialmente es que (como dijo Cicerón a Pompeyo) los que son *sui amantes, sine rivali*[18], son muchas veces desgraciados; y como quiera que tienen todo el tiempo sacrificado a ellos mismos, se convierten, al final, en sacrificados a la inconstancia de la fortuna, cuyas alas creen, con su sabiduría egoísta, haber atado.

De las innovaciones

Al nacer, las criaturas están mal formadas, así sucede con todas las innovaciones, que son los nacimientos del tiempo; no obstante, como aquéllos que primeramente aportan honor a su familia son generalmente más valiosos que la mayoría de sus descendientes, así el primer precedente (si es bueno) rara vez es alcanzado por imitación; pues el mal, para la naturaleza pervertida del hombre, tiene un movimiento natural más fuerte en constancia, pero el bien, como movimiento forzado, es más fuerte al principio. Seguramente, cada medicina es una innovación y el que no quiera aplicar remedios nuevos tenga que esperar nuevos males, pues el tiempo es el mayor innovador; y, por supuesto, si el tiempo altera las cosas para empeorarlas y la sabiduría y la prudencia no las alteran para mejorarlas ¿cuál será el final? Es cierto que lo que está establecido por la costumbre, aunque no sea bueno, por lo menos es apropiado; y las cosas que durante mucho tiempo han marchado juntas, están, como sea, adaptadas entre sí; además, son como extranjeras, más admiradas y menos favorecidas. Todo eso es verdad, si el tiempo continúa, el cual, por otra parte, pasa tan rápido que una obstinada retención de costumbres es tan turbulenta como una innovación; y quienes reverencian demasiado los tiempos antiguos no son más que el desdén del presente. Por tanto estaría bien que los hombres siguieran en sus innovaciones el ejemplo del propio tiempo, el cual, por supuesto, hace muchas innovaciones pero tranquilamente y por grados que apenas se perciben; pues si no, todo lo que sea nuevo es inesperado y siempre mejora a unos y perjudica a otros; y el que es afortunado lo toma por una suerte y da gracias al tiempo; y el que es perjudicado, por desgracia, se lo imputa al autor. También es bueno no intentar experimentos en los Estados, salvo que sean de urgente necesidad o de utilidad evidente; y debe tenerse en cuenta que ha de ser la reforma la que produzca el cambio y no el deseado cambio el que busque la reforma; y, por último, que la

novedad, aunque no sea rechazada, sea sostenida por algún indicio, y, como dicen las Escrituras: *Nos paremos en las sendas antiguas, miremos en torno, y descubramos cuál sea el camino derecho y andemos por él.*

De los gastos

Las riquezas son para gastarlas y los gastos para el honor y las buenas acciones; por tanto, los gastos extraordinarios deben estar limitados por el mérito de la ocasión; pues la ruina voluntaria puede ser tanto por la patria humana como por el reino de los cielos; pero los gastos ordinarios deben estar limitados por los bienes personales y administrados a ese respecto, como si estuvieran dentro de sus límites, y no sujetos a engaños y abusos de los criados, y ordenados para su mejor utilización, ya que las facturas pueden ser menores que la estimación ajena. En verdad que si un hombre quiere mantener equilibrio, sus gastos ordinarios deben ser la mitad de sus ingresos; y si quiere llegar a rico, la tercera parte. No hay bajeza en los grandes al descender para examinar sus bienes propios. Algunos no lo hacen, no sólo por negligencia sino por temor a caer en melancolía al encontrarlos en quiebra; pero las heridas no pueden curarse sin buscarlas. Aquéllos que, en definitiva, no pueden examinar la situación de sus bienes, tienen necesidad tanto de elegir bien a quienes emplean como de cambiarlos con frecuencia; pues los nuevos son más temerosos y menos sutiles. El que puede examinar sus bienes aunque de tarde en tarde, eso le obligará a convencerse. El hombre necesita, si tiene que gastar mucho en ciertas cosas, ahorrar, en cambio, en otras; si gasta mucho en comida, ahorrar en ropa; si gasta mucho en el salón de recepciones, ahorrar en las cuadras; y así sucesivamente. Pues el que gasta mucho en todo a duras penas se preservará de la decadencia. Al contraer deudas y cargas sobre sus bienes, también puede perjudicarse al ser demasiado precipitado al dejarlas correr demasiado; pues las ventas apresuradas son, generalmente, tan desventajosas como el interés. Además, el que cambia inmediatamente, puede arrepentirse; pues, el encontrarse en dificultades puede alterarle las costumbres; pero el que cambia paulatinamente se habitúa a la frugalidad y sale ganando tanto espiritualmente como en sus bienes. En verdad, quien

tiene que fortalecer sus bienes no debe despreciar las pequeñeces; y, por lo general, es menos deshonroso disminuir pequeñas cargas que doblegarse ante pequeños ingresos. El hombre debe ser cauto en iniciar cargas que, una vez empezadas, han de continuar; pero en cosas que no se han de repetir puede ser más espléndido.

Del régimen de salud

Hay en esto una sabiduría que sobrepasa las normas de la medicina. La propia observación de cada cual, lo que encuentra bien y lo que encuentra mal, es la mejor medicina para preservar la salud; pero es más seguro decir: *Esto no me conviene, por tanto no seguiré con ello,* que esto otro, *no encuentro daño en esto, por tanto puedo usarlo:* porque la fortaleza natural en la juventud resiste muchos excesos cuyos efectos no se notan hasta edad avanzada. Daos cuenta del paso de los años y no sigáis haciendo la misma cosa siempre, pues no se podrá desafiar a la edad. Estad alerta ante los cambios repentinos en los puntos importantes de la alimentación y, si es necesario imponerlos, adaptad lo demás a ellos; pues es un secreto, tanto en lo natural como en lo artificial, que es más seguro cambiar muchas cosas que una sola. Examinad vuestros alimentos habituales, sueño, ejercicios, ropas y cosas análogas; y tratad, en todo lo que juzguéis dañino, de interrumpirlo poco a poco; pero de tal modo que, si encontráis algún inconveniente con el cambio, volváis a ello otra vez; porque es difícil distinguir lo que generalmente se tiene por bueno y saludable de lo que es bueno particularmente y apropiado para vuestro cuerpo. Estar despreocupado y de buen humor a las horas de las comidas, del sueño y del ejercicio es uno de los mejores preceptos para larga vida. En cuanto a las pasiones y ocupaciones de la mente, evitad la envidia, los miedos angustiosos, la ira interior, las cuestiones sutiles y complicadas, las alegrías y risas excesivas, las tristezas no comunicadas. Las esperanzas gratas, regocijos más que alegrías, variedad en los deleites más que el hastío de ellos; maravillarse y asombrarse y por tanto tener novedades; estudios que llenan la mente con temas espléndidos y nobles como historias, fábulas y contemplación de la naturaleza. Si te alejas completamente de la medicina, la encontrarás demasiado extraña a tu cuerpo cuando la necesites; si te familiarizas demasiado con ella, no te producirá mucho efecto cuando te

sobrevenga la enfermedad. Más bien recomiendo alguna dieta en ciertas estaciones que el uso frecuente de la medicina, salvo que se haya hecho ya habitual porque entonces esas dietas alteran más el cuerpo pero lo perjudican menos. No desprecies los nuevos acaecimientos en tu cuerpo sino que has de pedir consejo sobre ello. En la enfermedad, pon atención a la salud; y en la salud, a la acción. Porque quienes se preocupan de mejorar su cuerpo durante la salud, pueden, en la mayoría de las enfermedades que no sean muy agudas, curarse sólo con dieta y vigilancia. Celso no habría podido hablar como médico de no haber sido un sabio al mismo tiempo, cuando daba como uno de los grandes preceptos de salud y longevidad que el hombre debía variar e intercambiar los contrarios pero con tendencia al extremo más benigno. Utilizar el ayuno y la comida completa, pero más bien la comida completa; velar y dormir, pero mejor dormir; reposo y ejercicio, aunque mejor el último, y así sucesivamente; así se cuidará la naturaleza y se enseñará a dominarla. Algunos médicos son muy complacientes y conformables con el humor del paciente con lo que no alcanzan la verdadera curación de la enfermedad; algunos otros son tan exactos en proceder con el arte de la curación que no respetan suficientemente la condición del paciente. Escoge uno intermedio; o, si eso no lo encuentras en un solo hombre, combinar dos de ambos tipos; y no olvides de trabar profundo conocimiento con tu propio cuerpo, pues eres el más indicado para ello.

De la sospecha

Las sospechas entre los pensamientos son como los murciélagos entre los pájaros, siempre vuelan en el crepúsculo. En verdad, deben ser reprimidas o, por lo menos, bien guardadas; porque nublan la mente, hacen perder los amigos, e interrumpen nuestros asuntos, con lo cual los asuntos no pueden marchar bien y con constancia. Predisponen a los reyes hacia la tiranía, a los esposos hacia los celos, a los sabios hacia la irresolución y la melancolía. Son defectos, no del corazón sino del cerebro; pues se asientan en las naturalezas más fuertes como en el caso de Enrique VII de Inglaterra. No hubo un hombre más suspicaz ni tampoco más fuerte; y en tales organismos producen poco daño; porque, generalmente no los admiten, sino después de examinarlos, sean verosímiles o no; pero en las naturalezas medrosas ganan terreno muy rápidamente. Nada hace sospechar más a una persona que el saber poco; y, por tanto, los hombres suelen remedar las sospechas procurando saber más y no dejar que se asfixien las sospechas. ¿Qué han de hacer? ¿Deben pensar que aquéllos a los que dan empleo y con quienes tratan son santos? ¿No deberán pensar que ellos tienen sus propios fines y ser más veraces consigo que con ellos? Así es que no hay más medio de moderar las sospechas que tomarlas como verdaderas, y no obstante, refrenarlas como si fueran falsas; pues mientras un hombre deba hacer uso de las sospechas para precaverse, como si fuera cierto que sospechase, eso no le hará daño. Las sospechas creadas en la propia mente no son más que zumbidos; pero las sospechas nutridas artificialmente y metidas en la cabeza de una persona por cuentos y chismes de otras, escuecen. En verdad el mejor medio de abrirse camino en ese bosque de sospechas es comunicarlas francamente a las personas de quienes se sospecha, pues con eso se sabrá con seguridad más de la verdad sobre ellas de lo que se sabía antes; y al mismo tiempo se hará que esas personas sean más circunspectas para no volver a dar motivos de sospechas. Pero eso no debe hacerse con

personas de baja condición, porque ésas, si ven que se sospecha de ellas, nunca serán veraces. Los italianos dicen: *sospetto licentia fede*[19]; como si la sospecha diese un pasaporte a la fe; pero más bien debe inducir a su rehabilitación.

Del discurso

Algunos desean en su discurso más el elogio de su ingenio, al poder sostener cualquier argumento, que juicio en discernir lo que es verdad; como si fuese un elogio saber lo que se pudiera decir y no lo que se debe pensar. Algunos usan ciertos lugares comunes y temas en los que se sienten fuertes, pero necesitan variedad, pues esa clase de pobreza resulta tediosa la mayoría de las veces y, cuando es advertida, ridícula. La parte más honorable de la conversación es proponer el tema y luego moderar la marcha y pasar a cualquier otro; de ese modo, el que habla dirige la danza. Está bien en el discurso y la conversación variar y entremezclar al tema presente argumentos diversos, anécdotas, hacer preguntas y opinar, y mezclar lo jocoso con lo serio; porque es aburrido estirar un tema y atiborrarse de él. En cuanto a las jocosidades, hay ciertas cosas que deben quedar a salvo de ellas; más concretamente, religión, asuntos de Estado, personas eminentes, todo asunto de importancia de una persona que esté presente, y todo caso que merezca compasión; no obstante, hay algunos que creen que su ingenio ha estado dormido, salvo que lanzan algo que es incisivo, y rápidamente; eso es una inclinación que debe refrenarse: *Parce, puer, stimulis, et fortius utere loris*[20]. Y, en general, se debe encontrar la diferencia entre lo salado y lo amargo. En verdad que quien tiene vena satírica, al tiempo que hace a los demás temer su ingenio, debe él temer la memoria de los demás. El que pregunta mucho aprenderá y satisfará mucho, pero, en especial, si encamina sus preguntas a la habilidad de las personas a quienes pregunta, pues les dará ocasión de complacerse en contestar, y él seguirá recogiendo información; pero que sus preguntas no sean embarazosas pues eso es propio de los examinadores. Y que esté seguro de dejar a los otros su correspondiente turno para hablar; es más, si hay alguien que quiera predominar y ocupar él solo todo el tiempo, déjesele tiempo para que se descargue y que continúen los otros, como hacen los músicos con los

que bailan gallardas demasiado largas. Si disimulas algunas veces tu conocimiento de lo que crees saber, en otra ocasión pensarás que conoces lo que no sabes. El hablar un hombre de sí mismo debe ser raras veces y eligiendo bien. Conocí uno del que se decía con desprecio: *Necesitaría ser sabio, habla demasiado de sí mismo;* sólo hay un caso en que el hombre puede alabarse en buena ley y es alabando la virtud de otro, especialmente si es una virtud a la que él aspira. Las conversaciones sobre particularidades individuales de otros deben utilizarse con moderación; porque el discurso debe ser como un campo, que no entre en casa de nadie. Conocí a dos nobles, del oeste de Inglaterra, de los cuales, uno era dado a las burlas, pero siempre se mantenía serio en su casa; como el otro preguntara a los que se habían sentado a la mesa del primero: *Decidme sinceramente, ¿no profirió algún insulto o hizo un comentario sarcástico?,* los invitados le contestaron: *Sucedió esto y lo otro.* El otro dijo: *creí que estropearía una buena comida.* La discreción en el hablar vale más que la elocuencia; y conversar en tono agradable con quien tratamos vale más que expresarse con buenas palabras y en buen orden. Una intervención buena y continuada, sin ninguna buena intervención del interlocutor, indica estupidez; una buena réplica, o segunda intervención, sin palabras bien sentadas, indica superficialidad y debilidad. Como vemos en las bestias que las que son más débiles en la carrera son más ágiles en las vueltas; como sucede con el galgo y la liebre. Utilizar demasiada prolijidad, antes de entrar en materia, es enojoso; no utilizar ninguna, es grosería.

De las riquezas

No puedo llamar mejor a las riquezas que el bagaje de la virtud; la palabra romana es mejor, *impedimenta;* pues si el bagaje es para un ejército, así son las riquezas para la virtud; ni se puede evitar ni dejar detrás pero estorba la marcha; aún más, el cuidar de él, muchas veces hace perder o altera la victoria. No hay verdadero uso de las grandes riquezas salvo en su distribución; lo demás es pura imaginación. Así dice Salomón: *Donde hay mucha hacienda, muchos son los que la comen, ¿y qué saca de ella el amo más que verla con sus ojos?.* El goce personal en cualquier hombre no alcanza a sentir las grandes riquezas: hay la custodia de ellas, o la capacidad de hacer repartos y donativos con ellas, o su fama, pero no un verdadero uso por parte del dueño. ¿No veis qué falsos precios se les ponen a piedrecitas preciosas y rarezas? ¿Y qué trabajos de ostentación se toman porque pueden parecer determinado uso de las grandes riquezas? Pero entonces diréis, pueden utilizarse para que los hombres compren con ellas el verse libres de peligros y molestias; como dice Salomón: *Las riquezas son como fortalezas en la imaginación de los ricos;* eso está excelentemente expresado, que está en la imaginación, y no siempre en la realidad; pues, en verdad, las grandes riquezas han vendido a más hombres que los han comprado. Trata de que no te ensoberbezcan las riquezas, sino las que puedas alcanzar honradamente; úsalas con moderación, distribúyelas de buen grado y despréndete de ellas sin pena; sin embargo, no te desentiendas de ellas ni sientas por ellas desprecio frailesco, sino que has de distinguir, como Cicerón dice bien de Rabirio Postumo: *In studio rei amplificandae apparebat, non avaritiae praedam, sed instrumentum bonitatis quaeri*[21]. Escucha también a Salomón, y date cuenta del acumulamiento apresurado de riquezas: *Qui festinat at divitias, no erit insons*[22]. Los poetas dicen que cuando Pluto (que es rico) es enviado por Júpiter, cojea y va despacio; pero cuando le envía Plutón[23], corre y es ligero de pies; significado: que las

riquezas alcanzadas por medios lícitos y trabajo honrado caminan despacio; pero cuando proceden de la muerte de otros (por herencias, testamentos y demás), se precipitan sobre el hombre. Pero análogamente puede aplicarse a Plutón, tomándole por el mal; pues cuando las riquezas proceden del mal (como por fraude y opresión y otros medios injustos), vienen con rapidez. Los caminos de enriquecimiento son muchos, y la mayoría, viles: la avaricia es uno de los mejores y, sin embargo, no es inocente; porque reprime al hombre de hacer obras de liberalidad y caridad. El mejoramiento del suelo es el más natural en la obtención de riquezas: porque es la bendición de nuestra magnánima madre, la de la tierra, pero es lento; no obstante, donde los hombres muy ricos se encorvan para la labranza, se multiplican las riquezas extraordinariamente. Conocí a un noble en Inglaterra que obtenía mayores rentas que ningún otro de aquellos tiempos, era muy importante como ganadero, pastor, maderero, minero, triguero y lo mismo respecto al hierro y numerosos productos análogos extraídos del suelo; así para él, la tierra era como un mar de inacabable extracción de productos. Uno comentó con acierto: *que él mismo había alcanzado con mucho trabajo una pequeña riqueza y muy fácilmente grandes riquezas;* porque cuando el prestigio de un hombre alcanza tal punto en que puede esperar acceso a los mejores mercados y dominar esos negocios a los que por su grandeza solo alcanza el dinero de unos pocos, y asociarse a las industrias de hombres más jóvenes, no puede menos que prosperar grandemente. Las ganancias del comercio corriente y de las profesiones son honradas, favorecidas principalmente por dos cosas: por la diligencia y por la buena fama en los tratos; pero las ganancias en los negocios ocasionales son de naturaleza más dudosa, cuando se ha de esperar la necesidad de otras: tratar con sirvientes e intermediarios que intervengan en ellos; desplazar con astucia a otros que habrían sido mejores vendedores y otros recursos que son habilidosos e inmorales. En cuanto a la intervención en negocios de ocasión, cuando se compra sin intención de conservar la mercancía sino para volverla a vender, en general es con doble ganancia, tanto en perjuicio del vendedor como del comprador. La participación en negocios suele enriquecer mucho si se eligen bien las manos en las que se va a depositar la confianza. La usura es uno de los medios de ganancia más seguros pero uno de los peores, ya que por él se come el pan *In sudore vultus alieni*[24]; y, además, tendrá que afanarse hasta en los domingos; a

pesar de todos los pesares tiene sus fallos; por eso los prestamistas piden que los desconocidos sean avalados por alguien que responda por ellos. La suerte, que interviene la primera en todo descubrimiento, o en todo privilegio, produce, a veces, un asombroso acrecentamiento de las riquezas, como sucedió con el primer cultivador de azúcar en las Canarias; por tanto, si alguien puede actuar con verdadera lógica y tener a la vez juicio e ingenio, puede hacer grandes cosas, especialmente si los tiempos son apropiados. Los que se apoyan en ganancias seguras, difícilmente alcanzarán grandes riquezas; y los que ponen todo en la ventura, con frecuencia quiebran y llegan a la pobreza; por tanto, es bueno guardarse de las aventuras que tengan probabilidades de pérdida. Los monopolios y el acaparamiento de productos para su venta, donde no haya restricciones, son grandes medios de enriquecimiento, especialmente si se conoce qué cosas van a tener gran demanda y poderlas almacenar de antemano. Las riquezas alcanzadas por servicios, aunque sean del mejor origen, cuando se consiguen con adulación, complacencias y otros recursos serviles, pueden colocarse entre las peores. En cuanto a los pescadores de testamentos y albaceazgos (como dice Tácito de Séneca: *Testamenta et orbos tamquam indagine capi*[25]) es todavía peor, por los muchísimos hombres que al requerir un servicio se someten a personas peores que ellos. No se les crea mucho si aparentan desdeñar las riquezas, pues las desdeñan porque desesperan de ellas; y ninguno es peor que ellos cuando las alcanzan. No seáis tacaños; las riquezas tienen alas y algunas veces se echan a volar por su cuenta, y otras, hay que hacerlas volar para que se acrecienten. Las personas dejan sus riquezas o a sus parientes o al público; y las porciones moderadas en ambas cosas prosperan más. Los cuantiosos bienes dejados a un heredero son como un reclamo para todas las aves de rapiña que se cernirán para apresarlos si el heredero no tiene suficiente madurez y juicio; análogamente, las fundaciones y los legados ostentosos son como sacrificios sin sal y como sepulcros blanqueados de la limosna, los cuales muy pronto se pudrirán y corromperán por dentro. Por tanto, no midas tus progresos por la cantidad, sino que has de medirlos en su armazón y no difieras la caridad hasta la muerte, pues, en verdad, si se sopesa correctamente, el que lo haga así es más liberal con lo de otro que con lo suyo.

De la ambición

La ambición es, como la bilis, un humor que hace a los hombres ser activos, enérgicos, plenos de vivacidad y emotividad si no se la contiene; pero si se la contiene y no puede seguir su curso, se vuelve agresiva y por tanto maligna y venenosa. Por eso, los hombres ambiciosos, si encuentran camino para elevarse y aun para alcanzar más, son más bien personas atrafagadas que peligrosas; pero si se les contrarían sus deseos, se disgustan interiormente y miran a las personas y las cosas con malos ojos y se sienten complacidos cuando las cosas se atrasan; lo cual es la peor condición de un sirviente, un príncipe o un Estado. Por tanto, es conveniente para los príncipes, si utilizan personas ambiciosas, encaminarlas de tal manera que sean siempre progresivas y no retrógradas; lo cual, como no puede hacerse sin ciertos inconvenientes, no es buena cosa en absoluto valerse de personas de tal naturaleza; pues si no se elevan con sus servicios, harán para que los servicios caigan con ellos. Pero puesto que hemos dicho que no es conveniente utilizar personas ambiciosas, salvo en casos de necesidad, conviene decir en qué casos son necesarias. Deben elegirse para las guerras buenos jefes, aunque sean ambiciosos; pues la utilización de sus servicios dispensa lo demás; y utilizar soldados sin ambición es como quitarles el acicate. También se utiliza mucho a los ambiciosos para que sirvan de pantalla a los príncipes en asuntos peligrosos o que provoquen envidias; pues ningún hombre se encargará de ese cometido salvo que sea una paloma cegada que se remonta más y más porque no puede ver en su derredor. También se utiliza a los ambiciosos en abatir la grandeza de cualquiera que se remonte demasiado; como Tiberio utilizó a Macro en la caída de Seyano. Puesto que debe empleárselos, en tales casos, queda por decir cómo se debe sofrenarlos para que sean menos peligrosos. Hay menos peligro en ellos si son de cuna humilde que si son nobles; y si son rudos que si son amables y populares; y si son de reciente elevación que si tienen madurez en su maña

y se sienten fuertes en su grandeza. Se cuenta entre las debilidades de los príncipes el tener favoritos; pero, de entre todas las demás, es el mejor remedio contra los grandes de carácter ambicioso; pues cuando el camino de agradar o desagradar pasa por los favoritos, es imposible que nadie los sobrepase en grandeza. Otro medio de frenarlos es contrabalancearlos con otros tan orgullosos como ellos; pero entonces debe haber algunos consejeros intermedios para mantener firmes las cosas, pues sin ese lastre la nave se balanceará demasiado. Por lo menos, un príncipe puede animar e inducir a ciertas personas medianas a que sean azote de ambiciosos. En cuanto a que estén expuestos a la ruina, si son de naturaleza medrosa, puede ser un beneficio; pero si son fuertes y osados, puede precipitar sus designios y demostrar que son peligrosos. En cuanto a su abatimiento, si los asuntos lo requieren, y esto no se puede hacer con segura presteza, el único camino es la alternancia continua de favores y disfavores, con lo cual no sabrán a qué atenerse y se encontrarán como perdidos en un bosque. De las ambiciones, es menos dañina la ambición de prevalecer en grandes cosas que la otra de figurar en todas las cosas; pues ésa fomenta la confusión y perjudica los asuntos; sin embargo, es menos peligroso tener un ambicioso moviéndose en los asuntos que un hombre importante en puesto dependiente. El que busca ser eminente entre hombres capaces, tiene gran tarea pero que redunda siempre en el bien público; pero el que trama para ser la única figura importante entre nulidades es la decadencia de toda una época. Los honores tienen tres caras: terreno ventajoso para el bien, aproximación al rey y a las personas principales; y la elevación de la fortuna del individuo. El que tiene las mejores intenciones de ésas, cuando aspira a los honores, es honrado; el príncipe que puede discernir tales intenciones en quien aspira, es príncipe sabio. En general, los príncipes y los Estados deben escoger ministros que tengan más sentido del deber que de su propia elevación y que sientan más inclinación a los negocios públicos que a la ostentación; y que distingan entre un hombre activo y otro complaciente.

De la belleza

La virtud es como una piedra preciosa, mejor cuanto más sencilla sea la montura; y seguro que la virtud está mejor en un cuerpo hermoso, aunque no de facciones delicadas, y que tenga más bien dignidad de presencia que belleza aparente; ni tampoco siempre se ve más que las personas verdaderamente bellas sean, por otra parte, de gran virtud; como si la naturaleza se ocupara más en no equivocarse que en trabajar para producir lo excelente; y, por tanto, demuestran que están completas, aunque no con un gran espíritu, y se preocupan más del comportamiento que de la virtud. Pero no siempre se puede sostener eso; pues César Augusto, Tito, hijo de Vespasiano, Felipe el Hermoso de Francia, Eduardo IV de Inglaterra, Alcibíades de Atenas, Ismael el Sofí de Persia, fueron todos de elevado espíritu y, no obstante, los hombres más bellos de su tiempo. En la belleza, el rostro es más que el color; y el movimiento adecuado y gracioso más que el rostro. Ésa es la parte mejor de la belleza que la pintura no puede expresar; tampoco la primera visión de la vida. No hay belleza, por excelente que sea, que no tenga alguna singularidad en la proporción. Nadie podría decir quién era más bromista, si Apeles o Alberto Durero; de los cuales el primero pintara un personaje con proporciones geométricas y el otro tomara los rasgos mejores de diversos rostros y compusiera uno excelente. Creo que tales personajes no complacerían a nadie sino al pintor que los hiciera; y no es que yo piense que un pintor no pueda hacer la mejor cara que jamás haya existido, sino que tiene que hacerla por una especie de felicidad propia (como un músico que compone una excelente pieza musical) y no por norma. Se verán rostros que, si se examinan parte por parte, no se encontrará ninguna que esté bien y, sin embargo, en conjunto lo están. Si es cierto que la parte principal de la belleza es un movimiento adecuado, entonces no es de maravillarse, aunque las personas, con los años, parecen muchas veces más amables, *Pulchrorum autumnus*

pulcher[26]*;* porque ninguna juventud puede ser bella si no es por condescendencia y considerando la juventud como un avance hacia la belleza. La hermosura es como las frutas de verano que se corrompen fácilmente y no duran; y, la mayoría de las veces, hace disoluta a la juventud y a la vejez un tanto fuera de adecuación; sin embargo, insistimos, si tiene luminosidad hace que brillen las virtudes y que los vicios se avergüencen.

De la deformidad

Las personas deformes generalmente están niveladas con la naturaleza; porque si la naturaleza ha obrado mal debido a ellas, eso hacen ellas debido a la naturaleza, siendo en la mayoría (como dicen las Escrituras): *carentes de todo afecto natural*; y así se vengan de la naturaleza. Verdad es que hay cierta armonía entre el cuerpo y el espíritu; y cuando la naturaleza se equivoca en uno se arriesga en el otro: *Ubi peccat in uno, periclitatur in altero.* Pero debido a que el hombre tiene elección tocante al armazón de su espíritu, y necesidad en el armazón de su cuerpo, las estrellas de la inclinación natural están algunas veces oscurecidas por el sol de la disciplina y la virtud; por tanto es conveniente considerar la deformidad no como un signo que es más engañoso, sino como una causa que con frecuencia fracasa en el efecto. Quienquiera que tenga en su persona algo permanente que induzca a desprecio, tiene también en sí un acicate constante para hurtarse y librarse del menosprecio; por tanto, todas las personas deformes son extremadamente osadas; primero como en propia defensa al estar expuestas al desprecio pero, con el trascurso del tiempo, por un hábito general. También las agita la especial inquietud de vigilar y observar las debilidades de los demás con lo cual puedan sentirse un tanto compensadas. Además a sus superiores se les aplacan los celos, por considerarlas personas a quienes pueden desdeñar a placer; sus competidores y émulos se duermen tranquilos como si jamás creyeran en la posibilidad de que prosperen, hasta que las ven en posesión del cargo; por esta razón resulta gracioso que la deformidad es una ventaja para el encumbramiento. Los reyes de los tiempos antiguos (y en los actuales en algunos países) gustaban de poner su mayor confianza en eunucos, porque quienes sienten envidia hacia todos son más humildes y serviles; no obstante, la confianza en ellos depositada es más bien como espías y soplones que como buenos magistrados y funcionarios; y muy semejante a

eso es la explicación de algunas personas deformes. No obstante, la base es que desean, si poseen cierta espiritualidad, verse libres del menosprecio, ya sea por medio de la virtud o de la malicia; y, por tanto, no hay que asombrarse si algunas veces demuestran ser personas excelentes; como fueron Agesilao, Zanger, el hijo de Solimán, Esopo, La Gasca, presidente de la Audiencia del Perú, y Sócrates, los cuales pueden contarse entre ellos juntamente con otros.

De la edificación

Las casas se edifican para vivir en ellas y no para verlas; por tanto, debe darse preferencia al uso antes que a la uniformidad, excepto donde puedan atenderse ambas cosas. Déjense las casas maravillosas sólo por su belleza para los palacios encantados de los poetas que los construyen con poco gasto. Quien edifica una casa bella en un sitio malo, él mismo se condena a prisión; y no considero sitio malo sólo donde el aire es malsano sino también donde el aire es insuficiente. Como podrá verse en muchas residencias elegantes situadas en montículos rodeados de colinas más altas, por lo cual el calor del sol está encerrado y el viento se acumula como en una artesa; así es que allí se encontrará, en forma repentina, gran alternancia de calor y frío como si se viviera en sitios distintos. Tampoco es sólo el aire malsano el que hace que un sitio sea malo, sino los malos caminos, los malos mercados y, si se quiere consultar con Momo, la mala vecindad. Y no hablo de otras muchas cosas; carencia de agua, de arbolado, sombra y resguardo, falta de fertilidad y mezcla de tierras de distinta naturaleza; carencia de perspectiva, de tierras niveladas, carencia de lugares relativamente cercanos para el deporte y la caza, cetrería y carreras; excesiva cercanía al mar y excesiva lejanía; tener la ventaja de ríos navegables o el inconveniente de sus desbordamientos; demasiada lejanía de las grandes ciudades que puede obstaculizar los negocios; o excesiva cercanía que se devora todas las provisiones y encarece todo; donde se puede vivir con abundancia o donde todo escasea; todo lo cual, como quizá sea imposible encontrarlo reunido, es conveniente conocerlo y meditarlo para poder reunir cuanto se pueda de todo ello; y, si se posee varias residencias, tenerlas en forma tal que lo que falte en una, se pueda encontrar en otra. Lúculo contestó bien a Pompeyo cuando éste vio sus imponentes galerías y sus habitaciones tan luminosas en una de sus casas; Pompeyo dijo: *Seguramente es un lugar magnífico para el verano, pero, ¿qué haces*

en el invierno? Lúculo contestó: *¿Por qué? ¿No me consideras tan inteligente como son ciertas aves que siempre cambian de residencia al llegar el invierno?*

Pasando del sitio a la casa misma, haremos como Cicerón en el arte del orador que escribió libros *De oratore* y un libro titulado *Orator;* de los cuales, los primeros dan los preceptos del arte y el último la perfección. Por tanto, describiremos un palacio suntuoso haciendo de él un modelo breve; pues es extraño ver ahora en Europa enormes edificaciones tales como el Vaticano y El Escorial, y algunos otros que, no obstante, carecen de habitaciones verdaderamente adecuadas.

Por tanto, digo en primer lugar que no se puede tener un palacio perfecto salvo que tenga dos partes distintas: una parte para los festines, como se dice en el libro de Ester, y otra parte para la familia; la una es para las fiestas y espectáculos vistosos y la otra para habitarla. Entiendo que ambas partes tengan no sólo sus interiores sino que formen conjunto con la fachada y sean uniformes exteriormente, aunque con diversas divisiones en el interior; y estar a ambos lados de una torre grande y majestuosa situada en medio de la fachada, es decir, como si las juntara a las dos en una mano. Yo pondría en el lado delantero de la parte destinada a festines sólo una buena habitación al final de la escalera de unos doce metros de altura; y debajo una sala de vestuario y preparación para los días de espectáculo. La otra parte, que es la destinada a vivienda, me gustaría dividirla primeramente con un salón y una capilla (con un tabique entre ambos), uno y otra de buen aspecto y tamaño y que no abarcaran toda la longitud sino que en el extremo más alejado pondría una salita de invierno y otra de verano, ambas agradables; bajo estas salitas una bodega subterránea bien acondicionada y amplia; análogamente, algunas cocinas privadas con despensas y demás. En cuanto a la torre, me gustaría que tuviese dos pisos de cinco metros y medio cada uno en las dos alas con hermosas vidrieras emplomadas, con balaustrada y con estatuas interpuestas; la torre había de estar dividida en dos habitaciones según conviniera. Análogamente, la escalera para las habitaciones altas ha de estar sobre una amplia pilastra y con una balaustrada con ornamentos de madera sobre color de bronce y un amplio rellano al final. Esto se hará en el caso de que no se destine alguna de las habitaciones bajas para comedor de la servidumbre, pues si no, se tendría el comedor del servicio detrás del otro, y los humos del uno pasarían

al otro como por una chimenea. Ya hemos dicho bastante de la parte delantera; sólo queda decir que la escalera de entrada sea de cuatro metros y medio que es la altura de la habitación más baja.

Tras de la parte delantera habrá un patio; y en las cuatro esquinas de este patio, hermosas escaleras dentro de torretas que sobresalgan de la línea del propio edificio; pero estas torretas no tendrán la altura de la torre de la fachada sino en proporción a la parte más baja del edificio. Que el patio no esté pavimentado, porque eso produce mucho calor en verano y mucho frío en invierno; sino sólo senderos empedrados cruzándose, y los espacios interiores con hierba segada, pero no demasiado. El espacio interior de la parte destinada a festines que sea todo de hermosas galerías en las cuales haya tres o cinco cúpulas a todo lo largo situadas a distancias iguales y finas vidrieras de colores de asuntos diversos; en la parte de vivienda, cámaras de ceremonias y de visitas corrientes y algunas alcobas; que las tres partes del edificio sean dobles, sin luz total en el exterior de modo que se puedan tener habitaciones libres de sol tanto por la mañana como por la tarde. Diséñese también de modo que se puedan tener habitaciones para el verano y para el invierno; sombreadas para el verano y calientes para el invierno. A veces se ven casas hermosas tan encristaladas que no se sabe dónde ir para librarse del sol o del frío. En cuanto a los balcones de mirador, debe hacerse buen uso de ellos (en las ciudades, desde luego, armonizan mejor en lo que se refiere a la uniformidad a lo largo de la calle), pues resultan deliciosos lugares de retiro para la conversación; y, además, resguardan tanto del viento como del sol; porque si éstos habrían de invadir casi toda la habitación, apenas si pasan el mirador; pero deben ser escasos, cuatro en el patio sólo en los lados.

Además de este patio, que haya otro interior de la misma superficie y altura que esté rodeado por el jardín en todos sus lados; y que lo circunde un claustro con hermosos arcos tan altos como el primer piso; la planta baja hacia el jardín puede convertirse en gruta o lugar sombrío o de verano; y que sólo tenga aberturas o ventanas hacia el jardín estando a nivel del suelo, no hundido en él para evitar toda humedad; que haya una fuente o algunas estatuas ornamentales en medio del patio y que el suelo esté como el del otro patio. Estos edificios son para vivienda privada en las dos partes primeras, y la última como galerías privadas; por lo cual debe preverse que alguna de ellas pueda utilizarse como enfermería, si el príncipe o cualquier

persona principal se sintieran enfermos, con cámaras, alcobas, antecámaras y cámara de retiro unida a ellas; esto en cuanto al segundo piso. En cuanto al piso bajo, tendrá una hermosa galería abierta, con columnas; respecto al tercer piso, análogamente, una galería abierta con columnas que tenga la vista y la frescura del jardín. En las dos esquinas del lado más lejano, a modo de rotonda, que haya dos pabellones elegantes, primorosamente solados, con ricas colgaduras y vidrieras de cristal transparente, una cúpula decorada en medio y todas las demás elegancias que puedan pensarse. También en la galería alta me gustaría que hubiese, si el lugar lo permite, algunas fuentes manando en diversas partes de la pared por caños artísticos. Y ya es bastante para nuestro proyecto de palacio, salvo que se tenga, antes de llegar a la fachada principal, tres patios: un patio de suelo verde rodeado por una tapia; un segundo patio igual, pero más guarnecido con pequeñas torretas o más bien embellecido con ellas en lo alto de la tapia; y un tercer patio formando escuadra con la fachada, pero que no ha de estar edificado ni encerrado por una tapia desnuda, sino rodeado de terrazas que estén en alto y hermosamente adornadas en los tres lados y cerrado en el interior con pilares pero sin arcos debajo. En cuanto a las dependencias, que queden lejos con algunas galerías para pasar de ellas al palacio.

De los jardines

Dios Omnipotente plantó primero un jardín; y, por supuesto, es el más puro placer humano; es el mayor placer para el espíritu del hombre; sin lo cual los edificios y palacios no son más que toscas manufacturas; y podrá verse siempre que, cuando las edades avanzan hacia la civilidad y la elegancia, los hombres edifican con belleza antes que hacer jardines delicados; como si la jardinería fuese la mayor perfección. Creo que, en las reales ordenanzas de los jardines, debiera haber jardines para todos los meses del año en los cuales, variadamente, determinados elementos de belleza estuvieran en sazón. Para diciembre y enero y el final de noviembre se pueden tener plantas que permanecen verdes todo el invierno: acebo, hiedra, laurel, enebro, cipreses, tejos, pinos, abetos, romero, espliego, clemátide, el blanco, la púrpura y el azul; germánica, espadaña, naranjos, limoneros, mirtos, si se conservan en invernaderos; y mejorana, plantas que requieren calor. Luego viene para fines de enero y para febrero, el torvisco que florece por entonces; azafrán, tanto el amarillo como el pardo; prímula, anémona, tulipán temprano, jacinto oriental, iris, fritillaria. Para marzo tenemos las violetas, especialmente las azules que son las más tempranas; el narciso amarillo, la margarita, el almendro, el melocotonero, cornerina, los tres cuando están en flor. En abril tenemos la violeta doble blanca, el alhelí doble, el alhelí injertado, la prímula, la flor de lis, y lirios de todas clases; flores del romero, tulipanes, la peonía doble, narciso pálido, madreselva, cerezos, damascos y ciruelos todos en flor, hojas de espino blanco, lilas. En mayo y junio vienen los claveles de todo tipo, especialmente los rojos; rosas de todas clases; excepto la almizcleña que se da más tarde; madreselvas, fresas, endrinas, aguileñas, caléndula y caléndula africana, cerezos con fruto, grosellas, higos, frambuesas, parra, espliego en flor, satirión, con la flor blanca; moscatel, lirio del valle, manzano en flor. En junio vienen alhelíes de todas las variedades, rosas almizcleñas, limeros en flor, peras

tempranas, ciruelos, membrillos, manzanas para asar. En agosto maduran las ciruelas de todas clases, peras, albaricoques, agracejos, avellanos, melón de olor, acónito de todos los colores. En septiembre vienen las uvas, manzanas, amapolas de todos los colores, melocotones, membrillos, duraznos, cornerina, peras. En octubre y principios de noviembre vienen los serbales, los nísperos, ciruelos silvestres, rosas cortadas o trasplantadas para hacerlas tardías, acebos y plantas análogas. Estos detalles son para el clima de Londres, pero se sobreentiende que se puede conseguir *ver perpetuum*[27] según las posibilidades de cada localidad.

Y como la transpiración de las flores es más suave en el aire (donde viene y va como las modulaciones de la música) que en la mano, nada es más apropiado para ese deleite que conocer qué flores y plantas perfuman mejor el aire. Las rosas, damascenas y rojas, son las menos odoríferas, por lo que se puede pasar ante toda una hilera de ellas sin notar su perfume; salvo que sea durante el rocío matutino. Análogamente el laurel no produce olor mientras crece, el romero, poco, ni la mejorana; la que, sobre todas, esparce más suave aroma en el aire es la violeta, especialmente la violeta blanca doble, que florece dos veces al año, a mediados de abril y por san Bartolomé. Después de ésa, está la rosa almizcleña; luego las hojas marchitas de la fresa son el más excelente aroma cordial; luego, la flor de la vid es un poco polvorienta como el polvo de la nuez de ben, que crece en los racimos al principio de su desarrollo; luego vienen el escaramujo oloroso, después el alhelí doble y resulta muy deleitoso cuando crece bajo la ventana de una salita o gabinete; luego los claveles y los alhelíes, especialmente el clavel matizado y el alhelí hendido; después las flores del limero; luego la madreselva cuando se está un poco alejado de ella. No hablo de las flores del haba porque son flores de huerta; pero las que perfuman el aire más deliciosamente, no pasando junto a ellas como las demás, sino cuando se las pisa o se las machaca son tres: la pimpinela, el tomillo y la hierbabuena de agua; por tanto se pueden sembrar de ellas los paseos para tener su grato aroma cuando se ande por ellas o se pisen.

Los jardines (hablando de los que sean suntuosos como hicimos con los edificios) no deben ser menores de doce hectáreas de terreno y estar divididos en tres partes: una verde a la entrada, una de brezal o desértica en la parte más alejada y el jardín principal en medio con paseos a ambos lados; y estimo que se debe dedicar una hectárea y media a la parte verde,

dos y media al brezal, una y media a cada costado y cinco a la parte principal. La parte verde tiene dos encantos: el uno es que nada hay más agradable para la vista que la hierba verde cuidadosamente segada; el otro es que proporcionará un grato paseo en el centro por el que se pueda ir hacia un hermoso seto que encerrará a la parte principal del jardín. Pero debido a que el camino será largo, durante la época o la hora del calor no es necesario alcanzar la sombra del jardín teniendo que cruzar al sol por la parte verde, sino que a ambos lados de la zona verde se pone un camino cubierto, que haga el carpintero, de unos tres metros y medio de altura, y por el cual se pueda llegar hasta la sombra del jardín. En cuanto a hacer dibujos enlazados o figuras con tierras de diversos colores que se sitúan bajo las ventanas de la casa que dan al jardín, no son más que niñerías; eso mismo se puede ver muchas veces en las tortas. Es mejor que el jardín sea cuadrado limitado por los cuatro lados con un hermoso seto con arcos; los arcos estarán sobre pilares de carpintería de unos tres metros de altura y dos de anchura aproximadamente, y el espacio entre arcos de la misma dimensión que sea igual a la anchura del arco. Sobre los arcos que haya un seto seguido, de algo menos de metro y medio de altura, también con armazón de carpintería; encima del seto y sobre cada arco, una torrecilla con un hueco suficiente para albergar una jaula de pájaros; y en cada espacio entre los arcos algunas otras figurillas con anchas placas redondas de cristal dorado y coloreado para que el sol juguetee en ellas; pero ese seto me lo imagino alzado sobre una base, no escarpada sino suavemente inclinada, de unos dos metros y cubierta de flores. También quiero dar a entender que el cuadrado del jardín no ocupe todo el suelo, sino que quede a los lados espacio suficiente para diversidad de paseos laterales a los cuales pueden ir a parar los caminos cubiertos de la zona verde; pero no debe haber paseos con setos en cada extremo de este gran recinto, en el extremo interior, para que dejen suficiente perspectiva desde la zona verde sobre ese hermoso seto, ni en el extremo más alejado para que tampoco estorben la vista desde el otro seto, a través de los arcos, hacia la zona de brezal.

Para la distribución del suelo comprendido en el gran seto, dejo libertad de iniciativas aconsejando, no obstante, que cualquiera que fuere la forma adoptada, en primer lugar, no se deje muy espeso y lleno de labores; pues en esto, por mi parte, no me gustan las figuras recortadas que se hacen con los enebros y otras plantas de jardinería; son niñerías. Me gustan los setos

pequeños y bajos trazados en espiral formando una especie de pirámide; y en algunos sitios columnas hermosas sobre armazones de carpintería. También me gustaría tener los paseos espaciosos y bellos. Se pueden tener paseos más estrechos en las partes extremas pero ninguno en el jardín principal. También desearía en el mismo centro, un montecillo con tres caminos ascendentes suficientemente anchos para que vayan cuatro personas paseando por ellos; habrían de formar círculos perfectos sin ningún seto lateral ni protuberancias; y la altura total del montecillo de nueve metros con un artístico pabellón con chimeneas bien distribuidas y sin demasiadas cristaleras.

Respecto a las fuentes, proporcionan mucha belleza y frescor; pero los estanques lo estropean todo y convierten al jardín en malsano llenándolo de moscas y ranas. Las fuentes me las imagino de dos clases: las unas esparcen o arrojan el agua; las otras formarán un hermoso recipiente para el agua, de unos nueve o doce metros cuadrados, pero sin peces ni fango ni barro. En cuanto a las primeras los ornamentos o figuras, grabados o de mármol, como se acostumbra, resultarán bien; pero la estructura principal ha de conducir el agua para que no se estanque, tanto en la taza como en la cisterna; que el agua no se decolore nunca por estar detenida, ni se ponga verde, ni roja o demás, o acumule musgos o putrefacciones; además de eso, debe limpiarse diariamente a mano; también dará buen resultado poner algunos escalones y una pavimentación artística alrededor. En cuanto a la otra clase de fuentes, que podemos llamar piscina, puede encerrar mucha singularidad y belleza, de la que no nos ocuparemos demasiado, como puede ser el fondo artísticamente pavimentado con figuras; igualmente a los costados; y, al mismo tiempo, embellecido con cristales de colores y análogos materiales brillantes; circúndese, también, con artísticas hileras de estatuas pequeñas. Pero el punto principal es el mismo que mencionamos en la primera clase de fuentes, es decir, que el agua esté en movimiento, alimentada por aguas que estén más altas que la piscina y que caigan a ella por amplios caños y luego desagüen en la tierra por orificios del mismo tamaño para que el agua no se detenga; en cuanto a los artificios artísticos tales como arcos de agua sin derramarse y hacer que se eleve en formas diversas (de plumas, de vasos, canastillos y demás) resultan bonitos para la vista pero no para la salud y la placidez.

En cuanto al brezal, que es la tercera parte de nuestro proyecto, me gustaría que estuviera concebido lo más posible como si fuera de selvatiquez natural. Yo no pondría ningún árbol en ella sino algunas espesuras formadas por escaramujos y madreselvas, y algunas vides silvestres entre ellas; y que el suelo esté cubierto de violetas, fresas y prímulas; porque éstas son olorosas y crecen bien en la sombra, debiendo estar esparcidas por uno y otro lado del brezal, no puestas en orden alguno. También me gusta que se pongan montoncillos, a modo de toperas (como hay en los brezales auténticos); unos con tomillo, otros con claveles y otros con germandrinas porque son de gran belleza para la vista; algunos con clemátides, otros con fresas, otros con prímulas, otros con margaritas, otros con rosas rojas, otros con lirios del valle, otros con claveles barbados rojos, otros con eléboro y demás flores pequeñas, aunque, por otra parte, aromáticas y vistosas; parte de esos montoncillos han de plantarse con pequeños arbustos sin soporte y los demás sin tales arbustos; los primeros serán de rosas, enebros, acebos, agracejos (pero esparcidos debido a la fragancia de su floración), grosellas, romero, laurel y otras plantas análogas; *y* que se poden para que no crezcan demasiado.

En cuanto al terreno de los costados, debe llenarse de caminos cubiertos para que proporcionen sombra en todo el sitio donde dé el sol. Algunos deben disponerse a modo de resguardos para que, cuando sople el viento cortante, se pueda ir por ellos como por una galería; estos caminos tendrán setos a ambos extremos para impedir el paso del viento y estos caminos cerrados deben estar bien pavimentados y sin hierba para que no tengan humedad. Así mismo, en muchos de ellos deben ponerse árboles frutales de todo tipo así como en los muros, disponiéndolos en hileras; debe también observarse, en general, que los bordes donde se planten los frutales sean hermosos y grandes, bajos, pero no inclinados; pliéntense flores bonitas pero esparcidas para que no desnutran a los árboles. A los extremos del terreno, yo pondría un montecillo de suficiente altura, sobrepasando los muros, para contemplar la extensión de los campos.

En cuanto al jardín principal, no niego que pueda tener algunos caminos amplios situados a ambos lados con árboles frutales, y algunos grupos de frutales y árboles con asientos puestos en buen orden; pero en modo alguno demasiado espesos para que el jardín privado no quede muy cerrado sino al aire despejado y libre. En cuanto a la sombra, deberá depender de los

caminos laterales donde se podrá pasear si se desea durante las horas de calor del día o del año; pero teniendo en cuenta que el jardín principal es para las épocas más templadas del año; y en el calor del verano, para las mañanas, las tardes y los días frescos.

En cuanto a las pajareras, no me gustan, salvo que sean tan grandes que puedan tener césped y plantas y arbustos dentro de ellas; que los pájaros puedan tener mayor amplitud y sitio natural para anidar y que no se vea suciedad en el suelo de la pajarera. De ese modo he hecho mi proyecto de jardín suntuoso, parte por normas, parte con diseño; no es un modelo sino las líneas generales de él; y no he reparado en su costo. Pero nada es para los grandes príncipes, que en su mayoría se aconsejan de los trabajadores, arreglar sus casas con menor gasto y, algunas veces, agregando estatuas y cosas semejantes para el embellecimiento y magnificencia, pero que nada significan para el verdadero placer de un jardín.

De la negociación

Generalmente, es mejor tratar las cosas de palabra que por carta; y por mediación de un tercero que por uno mismo. Las cartas van bien cuando también han de responder por carta o cuando pueden servir de justificación después de haber escrito otra o cuando hay peligro de ser interrumpido o escuchado parcialmente. Es mejor tratar el asunto personalmente, cuando el rostro de la persona inspira respeto como sucede por lo común ante los inferiores; o en los casos delicados, cuando los ojos puestos en la persona con quien habla puede orientarle hasta dónde ha de llegar; y, en general, cuando la persona quiere contener su libertad tanto en denegar como en exponer el asunto. Al elegir los intermediarios, es mejor escoger hombres sencillos que son más apropiados para hacer lo que se les encomienda e informar después sobre lo ocurrido con entera sinceridad, que no los que son hábiles para maquinar el modo de sacar provecho propio en los asuntos de los demás, y que adornarán el informe que den después, sólo para su propia satisfacción. Utilícense tales personas en asuntos relacionados con su empleo porque son aptas para esa cuestión como los osados para la investigación y la observación, los tercos y obtusos para los asuntos que no resultan muy llevaderos. Utilícese también a los que han tenido suerte y han predominado anteriormente en menesteres en los que se les ha empleado antes; pues eso fomenta la confianza y se esforzarán por mantener su cometido. Es mejor tantear de antemano la persona con la que se trata, que ir al grano de primera intención salvo que se la quiera sorprender con alguna pregunta breve. Es mejor tratar con hombres con aspiraciones que con aquéllos que están ya donde debieran. Si alguien trata con otro acerca de determinadas condiciones, el comienzo de la primera entrevista es el todo; lo que nadie puede pedir razonablemente, salvo que la naturaleza del asunto lo requiera debe anticiparse; o también una persona puede persuadir a otra de que aún la necesitará para otra cosa; o también que se le tendrá

como al más honrado de los hombres. Toda la labor consiste en descubrir y manejar a la persona. Los hombres se descubren a sí mismos en la confianza, en la pasión, en los descuidos; y, necesariamente, cuando han hecho algo y no encuentran pretexto adecuado. Si se quiere manejar a una persona hay que conocer a la vez su carácter y su calidad y dirigirla en consecuencia; o sus fines, y persuadirla con arreglo a ellos; o sus debilidades e inconvenientes y amedrentarla; o los que tienen interés por ella, y dirigirla con arreglo a eso. Al tratar con personas astutas, debemos considerar siempre sus fines para poder interpretar sus palabras; y es conveniente decirles pocas cosas y lo mínimo de lo que buscan. En todas las negociaciones difíciles, se puede no tratar de obtener fruto inmediatamente; sino que se ha de preparar el asunto y recoger el beneficio, gradualmente.

De los litigantes

Muchos asuntos y proyectos malos pasan a manos de los intermediarios; y los litigios privados corrompen el bien público. Muchos asuntos buenos van a parar a espíritus malévolos; no quiero decir sólo espíritus corruptos, sino habilidosos, que no procuran su ejecución. Muchos se encargan de litigios de los que nunca se ocuparán eficazmente; pero si ven que puede haber provecho en el asunto, buscarán algún medio para que se les quede agradecidos u obtener una recompensa inferior o, por lo menos, aprovecharse mientras tanto de las esperanzas del litigante. Algunos se encargan de pleitos sólo como oportunidad de frustrar a otros, o de hacer una información para la cual no podrían tener pretexto adecuado, sin preocuparse de lo que sea del litigio cuando ellos hayan averiguado lo que les interesa; o, por lo general, para realizar una especie de intromisión en los asuntos de otro en provecho propio; es más, algunos se encargan de pleitos con el total designio de hacerlos fracasar, y que la parte contraria u oponentes les recompensen. Con seguridad que, en cierto modo, hay un derecho en todo litigio; tanto un derecho de equidad, si es un litigio de controversia, como un derecho de mérito, si es un pleito de petición. Si el afecto lleva a un hombre a favorecer la parte equivocada en la justicia, que más bien utilice su patrocinio en llegar a una composición del asunto que en llevarlo adelante. Si el afecto le lleva a favorecer al que menos mérito tiene, que lo haga sin humillar ni incapacitar al que tiene más mérito. Los pleitos que no se comprenden bien es conveniente confiarlos a algunos amigos de confianza y buen juicio que puedan advertir si se pueden llevar adelante con honor; pero que elija bien sus asesores porque, si no, pueden jugar con él a su gusto. Los litigantes se sienten tan disgustados con las dilaciones y los engaños que es conveniente decirles clara y sencillamente, al principio, si se renuncia a encargarse del pleito, o informarle del éxito escuetamente y no exigir más recompensa que la que se merece; eso es no sólo más honroso

sino más benévolo. En las solicitudes de favor, la primera visita debe tener poco efecto, hasta tanto se haya apreciado la confianza que merece, y si el solicitante no ha comprendido el asunto, no se saque provecho de la información sino dejar que la parte oponente utilice sus medios y, en cierto modo, sea recompensada por su descubrimiento. Ignorar el valor de un pleito es necedad; así como ignorar al derecho que le asiste es falta de conciencia. El secreto en los pleitos es un gran medio para ganarlos; porque el vocearlos de antemano puede desalentar a cierto tipo de litigantes, pero puede acelerar y espabilar a otros. Pero lo principal en los pleitos es la oportunidad; quiero decir oportunidad no sólo respecto a la persona que ha de autorizarlo, sino respecto a quienes puedan frustrarlo. Que al elegir los medios, más bien se escojan los más aptos que los más grandes; y de entre ésos, mejor los especializados que los generales. La reparación de una negativa es, a veces, igual a la primera concesión si una persona no se muestra ni abatida ni descontenta. *Iniquum petas, ut aequum feras*[28], es una buena norma cuando se tiene la fuerza del favor; pero, de otro modo, un hombre podría elevarse más en su pleito; porque quien se haya aventurado al principio a perder al litigante, no querrá, al final, perder a la vez al litigante y su primitivo favor. Se piensa que nada es más fácil en una solicitud a un gran personaje que una carta de él; sin embargo, si no es para una buena causa, va en contra de su reputación. No hay peores medios que esos planeadores generales de pleitos porque son una especie de ponzoña e infección de los procesos públicos.

De los estudios

Los estudios sirven de deleite, de ornamento y de capacitación. Su principal utilización como deleite es en la vida privada y el retiro; como ornamento, en la conversación; y como capacitación, en la apreciación y desempeño de las ocupaciones; porque los hombres de experiencia pueden realizar y quizá juzgar las particularidades una por una; pero los consejos generales y el planeamiento y dirección de los negocios son mejores cuando proceden de hombres cultos. Gastar demasiado tiempo en los estudios es pereza; utilizarlos demasiado como ornamento es afectación; enjuiciar las cosas sólo por sus normas es propio de estudiantes. Los estudios perfeccionan la naturaleza y son perfeccionados por la experiencia; porque la capacidad natural es como las plantas, que necesitan la poda de los estudios; y los propios estudios dan futuras direcciones a la larga, salvo que deben domeñarse con la experiencia. Las personas astutas desdeñan los estudios, las personas sencillas los admiran, y las inteligentes los utilizan; los estudios no enseñan su propia utilización sino que eso es una sabiduría que está fuera y por encima de ellos y que se consigue con la observación. Léase no para contradecir o impugnar ni para creer y dar por admitido, ni para encontrar tema de charla y conversación, sino para sopesar y considerar. Algunos libros son para probarlos, otros para devorarlos y unos pocos para masticarlos y digerirlos; es decir, algunos libros son para leerlos sólo en parte; otros para leerlos no con demasiado cuidado; y unos pocos para leerlos totalmente y con diligencia y atención. También algunos libros pueden leerse por delegación valiéndose de extractos hechos por otros; pero eso sólo ha de ser en los temas menos importantes y en el tipo de libros más endebles; los demás libros destilados son como las aguas destiladas, insípidos. La lectura completa al hombre; la conversación le prepara; y la escritura le da exactitud; por tanto, si un hombre escribe poco, necesita tener mucha memoria; si conversa poco tiene que tener un ingenio

momentáneo; y si lee poco tiene que tener mucha astucia para aparentar que no la tiene. La historia hace sabios a los hombres; la poesía, ingeniosos; las matemáticas, sutiles; la física, profundos, la moral, graves; la lógica y retórica, diestros en discutir: *Abeunt studia in mores*[29]; es más, no hay detención o impedimento de la inteligencia que no pueda ser eliminado con los estudios apropiados. Lo mismo que una enfermedad corporal puede tener sus ejercicios apropiados, el juego de los bolos es bueno para el mal de piedra y los riñones, la caza, para los pulmones y el pecho, y el lento pasear para el estómago, la equitación para la cabeza, etc., así si la inteligencia de una persona está como distraída, que estudie matemáticas porque en las demostraciones, si su mente se distrae lo más mínimo, debe comenzar otra vez; si su inteligencia no es capaz de distinguir o encontrar diferencias que estudie a los escolásticos porque son *cymini sectores*[30]. Si no es capaz de desenmarañar un asunto y aducir una cosa para demostrar e ilustrar otra, que estudie los casos de los abogados; así cada defecto mental puede tener una receta especial.

De la vanagloria

Fue graciosa invención de Esopo lo de la mosca, posada en el eje de las ruedas de una carroza, que exclama: *¡Cuánto polvo levanto!* Así son algunas personas vanas que, cualquier cosa que ande sola o se mueva por enormes medios, aunque ellas jamás hayan intervenido lo más mínimo, pensarán que son ellas quienes las mueven. Los que son jactanciosos tienen que ser pendencieros; porque toda bravuconería se asienta en las comparaciones. Tienen que ser violentos para hacer buenos sus propios alardes; tampoco pueden ser discretos, y por tanto tampoco eficientes; pero, de acuerdo con el proverbio francés, *Beaucoup de bruit, peu de fruit;* mucho ruido y pocas nueces. Sin embargo, se hace uso de esa cualidad en los asuntos civiles: donde hay que crear una opinión y una fama, ya de virtud o de grandeza, tales hombres son buenos pregoneros. Además, como observa Tito Livio, en el caso de Antíoco y los etolios, algunas veces producen grandes efectos las mentiras contradictorias; como si un hombre que negociase con dos príncipes para que se unieran y guerrearan contra un tercero, loara en demasía las fuerzas de uno cuando hablara con el otro y viceversa; y a veces el que trata con uno y otro hombre eleva su propio crédito con los dos aparentando mayor interés del que tiene con uno y otro; en esas y otras clases semejantes, sucede con frecuencia que algo se produce de la nada; porque las mentiras son suficientes para mantener la opinión y las opiniones conducen a las realidades. En los jefes militares y en los soldados, la vanagloria es un punto especial; pues si con el hierro se afila el hierro, así, por la gloria, el valor de uno aguza el de otro. En los casos de grandes empresas costosas y arriesgadas, un conjunto de espíritus jactanciosos dará vida a los trabajos; y los que son de naturaleza sólida y sobria más sirven de lastre que de vela. En la fama de sabiduría, el vuelo será lento sin algunas plumas de ostentación: *Qui de contemnenda gloria libros scribunt, nomen suum inscribunt*[31]. Sócrates, Aristóteles y Galeno

fueron hombres llenos de ostentación. Cierto es que la vanagloria ayuda a perpetuar la memoria de un hombre; y la virtud nunca estuvo tan obligada a la naturaleza humana, pues ha recibido de segunda mano lo que se le debía. Tampoco hubiera sobrepasado su época la fama de Cicerón, Séneca y Plinio Segundo si no hubiera estado unida a cierta vanidad de ellos; como ocurre con el barniz que no sólo hace que brillen los techos sino que duren. Pero en todo esto, al hablar de la vanagloria, me refiero no a la propiedad que Tácito atribuye a Maciano: *Omnium, quae dixerat feceratque, arte quadam ostentator*,[32] porque eso no procede de la vanidad sino de una magnanimidad y discreción naturales; y en algunas personas no sólo resulta conveniente sino gracioso; pues las excusas, concesiones, modestia, modosidad son artes de ostentación; y entre tales artes ninguna es mejor que la aludida por Plinio Segundo, la cual es ser generoso en alabar y elogiar a otro en lo que precisamente, quien lo hace, tiene alguna perfección. Porque dice Plinio con mucho ingenio: *Al elogiar a otro te haces justicia; porque al que elogias o es superior a ti en lo elogiado o inferior; si es inferior y lo elogias, tú lo eres mucho más; si es superior y no lo elogias, eres mucho menos*. Los jactanciosos son menosprecio de los inteligentes, admiración de los tontos, ídolos de los parásitos, y esclavos de sus propios alardes.

De la ira

Tratar de eliminar completamente la ira es una jactancia de los estoicos. Tenemos oráculos mejores. *Si os enojáis no pequéis; ni se ponga el sol sobre vuestra iracundia.* La ira debe limitarse y confinarse tanto en su momento de iniciación como a lo largo del tiempo. Hablaremos primero cómo se puede atemperar y calmar la inclinación natural y el hábito de la ira; en segundo lugar, cómo pueden reprimirse determinados raptos de ira, o, por lo menos, refrenarse para no producir daño; tercero, cómo provocar y aplacar la ira en otro.

En cuanto a lo primero, no hay otro camino que meditar y recapacitar sobre los efectos de la ira y cómo alteran la vida del hombre; el mejor momento para hacer eso es cuando el acceso de ira ya ha pasado completamente. Séneca dice con razón que *la ira es como las ruinas que se rompen contra aquéllos en que caen*. Las Escrituras nos exhortan a *salvar nuestras almas por la paciencia*; porque quienquiera que pierda la paciencia pierde la posesión de su alma. Los hombres no deben convertirse en abejas, *animasque in vulnere ponunt*[33]. En verdad la ira es una clase de vileza; como se ve bien en la debilidad de los súbditos en los que ella reina: niños, mujeres, viejos y enfermos. Sólo los hombres deben darse cuenta de que cargan con su ira más con desdén que con miedo; así que pueden parecer que están más por encima de la injuria que bajo ella; lo que es una cosa fácil de hacer si el hombre sabe darse una norma a ese respecto.

En cuanto al segundo punto, las causas y motivos de la ira son tres principalmente: primero, ser demasiado sensible al daño, pues nadie tiene ira si no se siente dañado y, por tanto, las personas tiernas y delicadas tienen que sentirse iracundas con frecuencia ya que tienen tantas cosas que puedan molestarlas y que las personas más robustas son menos sensibles a ellas; la siguiente es la comprensión y elaboración de la injuria recibida si, en determinadas circunstancias, está llena de desprecio; porque el desprecio es

lo que pone a punto de estallar la ira, tanto o más que la ofensa en sí; y por tanto, cuando las personas son ingeniosas, desechan las circunstancias de desprecio y suavizan mucho su ira; por último, el criterio de que se toca a la reputación de una persona hace que su ira se multiplique y agudice; el remedio para eso es que la persona tuviera lo que decía Gonzalvo[34]. *Telam honoris crassioram*[35]. Pero en todos los refrenamientos de la ira, es el mejor remedio ganar tiempo y hacerse creer que la oportunidad de la venganza todavía no ha llegado; pero que prevé el momento de ella con lo cual se tranquiliza durante la espera y logra revocarla.

Contener la ira ante el desprecio, aunque se apodere de uno, tiene dos cosas de las que se debe tener especial precaución: una es la extrema acritud de las palabras, especialmente si son exactas y apropiadas, porque *communia maledicta*[36] no quieren decir nada; y además las personas revelan en la ira sus secretos y eso las hace inadecuadas para vivir en sociedad; la otra es que no se puede romper perentoriamente un asunto en un rapto de ira; pero, sea cual fuere el comportamiento en un momento de enfado, no se haga nada que no sea revocable.

En cuanto a provocar o aplacar la ira en otros se efectúa principalmente eligiendo los momentos en que las personas están más indómitas o menos dispuestas a irritarse; además recogiendo (como ya se indicó antes) todo lo que se pueda encontrar que agrave el desprecio; y los dos remedios son valiéndose de contrarios; el primero, eligiendo el buen momento, relatando en primer lugar un asunto iracundo, porque la primera impresión es decisiva; el otro remedio es separar, cuanto se pueda, la propia injuria de los matices de desprecio imputándolas a incomprensión, miedo, pasión o lo que se quiera.

Notas

[1] Elige lo mejor; la costumbre lo hará suave y fácil.
[2] Prefirió su anciana (Penélope) a la inmortalidad.
[3] No hay nadie curioso que no sea también malévolo (Plauto).
[4] ¡Cuánto sufrimos!
[5] Para la envidia no hay días festivos.
[6] Somos el uno para el otro un teatro suficientemente grande (Séneca).
[7] Cuando ya no seas el que eras, no hay razón para que desees vivir (Cicerón).
[8] Grave cosa es morir siendo muy conocido por todos y desconocido para sí (Séneca).
[9] Y vio Dios, al contemplar la obra hecha por sus manos, que todo era bueno (*Génesis,* I, 31).
[10] Al que todos considerarían capaz de gobernar aunque no hubiera gobernado.
[11] Vespasiano fue el único que, siendo emperador, cambió para mejorar (Tácito).
[12] Tan bueno que no vale para nada.
[13] (La frase no es de Tácito sino de Salustio): Los deseos de los príncipes son, por lo común, vehementes y contrarios entre sí *(Guerra de Yugurta).*
[14] Recuerda que eres hombre. Recuerda que eres Dios o representante de Dios.
[15] Envíalos desnudos entre extranjeros, y ya verás.
[16] A él no le queda otra esperanza sino, sencillamente, mirar la seguridad del emperador (Tácito).
[17] Un hombre prudente mira dónde pisa, el necio cae en el cepo.
[18] Amantes de sí mismos, sin rival.
[19] La sospecha es la licencia de la fe.
[20] Muchacho, deja el látigo y mantén con fuerza las riendas (Ovidio).
[21] Al procurar el acrecentamiento de sus bienes, se veía que no buscaba el provecho de la avaricia sino los medios de hacer el bien.
[22] El que se apresura a enriquecerse no es inocente *(Proverbios,* 28, 20).
[23] Rey de las regiones infernales.
[24] Con el sudor de la frente de otro.
[25] Apresaba testamentos y huérfanos como con red *(Anales,* XIII, 42).
[26] El otoño de las personas hermosas es hermoso (Plutarco).
[27] Primavera perpetua (Virgilio).
[28] Pide lo injusto para conseguir lo justo (Quintiliano).
[29] Los estudios influyen en las costumbres (Ovidio).
[30] Literalmente, «partidores de caminos».
[31] Cita incorrecta de un pasaje de Cicerón: «Quienes escriban libros sobre la inutilidad de la gloria, que se cuiden de poner su nombre en la portada».
[32] Por una especie de arte, convertía en ostentación cuanto decía y hacía.
[33] Que ponen la vida en el aguijón (Virgilio).
[34] Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán.
[35] Un paño más grueso para el honor.

[36] Las injurias vulgares.

Extracto de *Ensayos*

Notas: Luis Escolar Bareño

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Esta obra pertenece a la serie Great Ideas, publicada originalmente en inglés en Gran Bretaña por Penguin Books Ltd.

ISBN ebook: 978-84-306-0186-8
Diseño original de cubierta: David Pearson para Penguin
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin
Random House
Grupo Editorial